

EL PUERTORRIQUEÑO DOCIL

RENÉ MARQUÉS*

Parte de este ensayo fue leída en el Sexto Congreso de Psicólogos de Puerto Rico el 26 de agosto de 1961. Se publicó originalmente en *Cuadernos Americanos* y se reproduce aquí debido al interés que ha despertado su lectura en Puerto Rico. De suyo controversial, este trabajo—escrito por un hombre de letras, no por un psicólogo profesional—sigue en la trayectoria ya trazada por Antonio S. Pedreira en sus ensayos de interpretación puertorriqueña. Es por lo tanto un intento de describir la psicología del hombre puertorriqueño en el momento actual. (Nota del Editor).

Una de las grandes tareas de los estudios sociales es describir hoy la situación económica y política de acuerdo a su significado para la vida interior.... Hay que buscar la estructura de la sociedad contemporánea dentro del torbellino de la vida diaria del individuo; sólo a través de esa estructura deberá formularse la psicología del hombre común.

C. WRIGHT MILLS

Definición y deslinde

DÓCIL, del latín *docilis*, equivale a "obediente" o "el que cumple la voluntad de quien manda".¹ Saínez de Robles² cita, entre otros sinónimos del vocablo, los de "manso" y "sumiso" que nos parecen muy característicos de la acepción más generalmente divulgada. Para DOCILIDAD (calidad de dócil), el mismo sinonimista nos da "subordinación", "mansedumbre", "sumisión".

En la obra de Roque Barcia³ la explicación a este último término se amplía generosamente en la acepción que nos incumbe: "Docilidad es carecer de fuerza y aun de voluntad para oponer resistencia a lo que los demás exigen, insinúan o mandan; cierta como propensión a obe-

* Distinguido escritor puertorriqueño.

¹ V. García de Diego, *Diccionario Etimológico Español e Hispánico*.

² Saínez de Robles, *Diccionario de Sinónimos y Antónimos*.

³ Roque Barcia, *Gran Diccionario de Sinónimos Castellanos*.

decer, a seguir el ejemplo, la opinión, el consejo de los otros, lo cual nace ya de propia debilidad y flaqueza, ya de ignorancia, ya de desconfianza de la propia inteligencia, conocimiento o fuerza”.

Ateniéndonos a la anterior definición, de ella se desprende que el hombre sumiso, manso o dócil es necesariamente un ser débil (“carece de fuerza y aun de voluntad”) o ignorante (“lo cual nace... de ignorancia”) o víctima de un patético complejo de inferioridad (“desconfianza de la propia inteligencia, conocimiento o fuerza”).

Aclarado el término desde el punto de vista semántico, nos proponemos probar, a lo largo de este ensayo, la docilidad o calidad de dócil del puertorriqueño actual. Si lo es por débil, por ignorante o por acomplejado (o por alguna intrincada combinación de estas tres condiciones) no nos preocupará determinarlo. Bastará, para nuestros propósitos, aportar aquellos datos e intentar aquel análisis que puedan conducir a la prueba racional de su docilidad.

Ya que el tema es explorable prácticamente desde todas las esferas de acción de la sociedad puertorriqueña, cualquier punto de partida sería válido. Hemos escogido la literatura contemporánea⁴ como trampolín para el examen de realidades psicológicas, por ser este medio de expresión tan generoso en reflejar diversos fenómenos de la sociedad en que se produce. Presumiendo que se acepta la validez del punto de partida, un incidente cualquiera dentro de la estructura social puede servirnos de pretexto para acercarnos a él.

El sonido y la furia de un problema psico-semántico

Cuando Alfred Kazin, reconocido crítico literario de los Estados Unidos, irritó el ambiente isleño con su aseveración de que el puertorriqueño es un ser dócil, el intenso complejo de culpa, latente en toda sociedad colonial, salió espectacularmente a la superficie.⁵ De modo significativo, la reacción del norteamericano residente fue mucho más violenta, más virulentamente verbalizada, que la de la presunta víctima. El espectáculo debió despertar particular interés en dos auscultadores especializados del fenómeno social: el sociólogo y el psicólogo.⁶ Para el observador no especializado, el hecho de que a la víctima

⁴ Toda vez que el presente análisis no le incumbe la crítica desde el punto de vista estético, se aludirá a obras bien por su temática o por sus atisbos psicológicos, independientemente de sus valores literarios.

⁵ El artículo de Kazin, publicado originalmente en la revista *Commentary*, lo reprodujo el diario local *The San Juan Star* en dos ediciones consecutivas (19 y 20 de febrero de 1960), bajo el título de *A critical view at Puerto Rico*.

⁶ Creemos del mayor interés para el especialista en Ciencias Sociales realizar un estudio intenso y concienzudo de la colonia de norteamericanos residentes en Puerto

puertorriqueña la defendiesen furiosamente los que —en sentido técnico— podrían calificarse de sus victimarios resultó, ya patético, ya regocijante, dependiendo del humor del espectador.

Es curioso que Alfred Kazin, crítico literario, emitiera su juicio sin haber siquiera conocido la literatura puertorriqueña.⁷ No mencionamos el hecho por creer que nuestra expresión literaria pudiera, a *prima facie*, corroborar la entre nosotros nada nueva teoría de la docilidad. Todo lo contrario, quizás. Un examen superficial o frívolo de la literatura actual en Puerto Rico haría pensar al lector no avisado que se trata de la expresión de un pueblo agresivo. Ello, por la cantidad de violencia física en nuestra literatura. Pero, a no dudar, Alfred Kazin, como crítico agudo, habría descubierto en esa literatura —imposibilidad manifiesta toda vez que él desconoce el idioma en que está escrita— tras de este desgaste de energía física traducido en violencia externa, una confirmación de su juicio sobre el puertorriqueño.

De todos modos, asombra, por lo pueril, el reciente empeño de negar la docilidad como fenómeno psicológico del hombre de Puerto Rico. Hay base para sospechar que sólo se trata de un problema semántico. Sociólogos, escritores, educadores y aun ciudadanos de los llamados “promedio” han repetido hasta la saciedad, desde la década del cuarenta, que el pueblo puertorriqueño es *pacífico y tolerante*. Con anterioridad, se acostumbraba llamarle *fatalista y resignado*. Más atrás aún en el tiempo, llegó a calificársele de *aplatanado*⁸ y *ñangotado*.⁹

Fue Pedreira¹⁰ uno de los que más directamente señaló nuestra conmovedora debilidad por el eufemismo, debilidad cuajada ya para esa fecha —década del treinta— en el dudoso arte de “dorar la píldora”. Veamos cómo ese rasgo, en vez de desaparecer o, al menos atenuarse con el progreso, la industrialización y el *high standard of living*, se ha agudizado en el puertorriqueño durante los últimos treinta años. Utilicemos para ello, en orden cronológico de uso, los términos que

Rico. Modos de pensar, actitudes y behavior de estos entes, en su gran mayoría nunca o sólo precariamente adaptados a la estructura cultural puertorriqueña, es cantera rica para la exploración sociológica. Algunos de los llamados problemas puertorriqueños, tanto en el campo sociopolítico como en el psicológico, podrían aclararse y entenderse mejor a la luz de los resultados del estudio que sugerimos. Escritores y periodistas, sin equipo técnico, han realizado intentos impresionistas al respecto. Desde el punto de vista estrictamente científico, sin embargo, el campo está virgen. Juzgamos su exploración de primordial importancia para comprender a cabalidad determinadas realidades del Puerto Rico actual.

⁷ Según confesión del crítico norteamericano a este autor, no tuvo él conciencia, al escribir su artículo, de que en Puerto Rico existiera una literatura nacional.

⁸ Moralmente aplastado, sumiso.

⁹ Espiritualmente en cuclillas. (Ambos términos, invenciones lingüísticas del propio puertorriqueño cuando aún se permitía el lujo de ser franco consigo mismo, son ya reveladores de su psicología).

¹⁰ Antonio S. Pedreira, *Insularismo* (primera edición), Tipografía Artística, Madrid, 1934.

apuntamos arriba. Lo que en la década del veinte era *aplatanado* y *ñangotado*, se convirtió en 1930 en *resignado* y *fatalista* para evolucionar con hipocresía ladina hasta el *pacífico* y *tolerante* que hoy hemos puesto en boga. Pero es el político actual en colaboración con alguno que otro sociólogo complaciente, quienes han llevado el concepto al colmo de la expresión eufemista: el puertorriqueño dócil ha venido a ser, para ellos, nada más y nada menos que *democrático*.

Democracia y *democrático* son, desde luego, términos que, tirados al huipilpío, visten hoy perfectamente casi cualquier concepto o situación, tanto en Occidente como en Oriente. Aquí se utiliza a menudo, en boca del político, como un sinónimo más de pacífico, tolerante, resignado, fatalista, aplatanado o ñangotado aunque, con miras demagógicas, se limpie el concepto de todo matiz peyorativo. Se elogia así al puertorriqueño como "democrático", cuando éste tolera, con asnal docilidad, lo que cualquier hombre civilizado no soñaría tolerar en ninguna democracia del mundo contemporáneo. Si aplatanado era aguijón hiriente clavado con fines éticos en el marasmo del alma colonial, su más flamante sinónimo —democrático— es droga estupefaciente piadosamente vertida sobre la conciencia del hombre dócil puertorriqueño para que éste acepte, sin escrúpulos, su condición de tal.

El error de Alfred Kazin fue desconocer esta tendencia escapista del puertorriqueño actual de no llamar las cosas por el nombre que semánticamente les corresponde. Al emplear el término *docile* para describir en inglés una condición que sólo puede describirse, precisamente, con ese término, insertó una píldora sin doré en el torcido mecanismo colonial del hombre puertorriqueño. ¿Qué hace la máquina del espíritu (o, si se prefiere, la del intelecto) cuando la forzan a detenerse para considerar que lo que ella asimila en su engranaje como pacífico, tolerante y democrático no es otra cosa que el ofensivo dócil? La máquina del intelecto (o del espíritu, a escoger) no está capacitada para aquel inesperado reajuste que significaría asimilar materia tan cruda. De modo que, expulsando con gran ruido de tuercas —inofensivos érucos de toda máquina hipersensible— el acíbar de la materia extraña, reanuda su funcionamiento resobando en su mecanismo las rutinarias píldoras cubiertas de precioso doré: *pacífico, tolerante, democrático*.

De un modo u otro, el conflicto psicosemántico no puede oscurecer el hecho reconocido y aceptado ya —bajo diversos nombres y en distintos períodos históricos— por el propio sujeto: el puertorriqueño es un ser dócil.

No es cosa de emprender aquí un análisis de las causas que han producido tal condición. Ello lo intentó ya alguien en un trabajo co-

mentando el artículo de Kazin.¹¹ Nos parece ahora de mayor interés encarar el hecho en sí, independientemente de sus causas, para poder atisbar su resonancia en algunas expresiones de la vida puertorriqueña.

La Guerra de Corea: ¿mito o realidad?

Pocas cosas nos conmueven tanto como el argumento del heroísmo puertorriqueño en la Guerra de Corea. Nos conmueve —debemos aclarar— la ignorancia total que padecemos sobre esa experiencia coreana de tan importantes consecuencias psicológicas, sociales y, quizás, hasta políticas en la vida actual puertorriqueña. Lo que ocurrió en Corea con los puertorriqueños o, poniéndolo en otros términos, lo que les ocurrió a los puertorriqueños dentro del ejército norteamericano en Corea, no lo sabe a estas alturas nadie en Puerto Rico porque no se ha escrito el libro blanco (o azul, o rojo, o negro) sobre tal episodio histórico desde el punto de vista puertorriqueño. Sociólogos, historiadores y psicólogos nativos han ignorado el hecho como fenómeno colectivo nuestro. Las pocas estadísticas disponibles podrán quizás darnos cifras exactas sobre esto o aquello, pero nada revelan ellas sobre los hechos fundamentales. ¿Qué ocurrió en Corea? ¿Cuál fue la actitud del puertorriqueño “promedio” ante la experiencia bélica? ¿Cuál su reacción ante el *issue* envuelto, ante el ejército de que formaba parte, ante la ciudadanía por la cual pagaba, sin representación, su contribución de sangre; ante el pueblo coreano por cuya presunta libertad luchaba? ¿Por qué tan alta la proporción de bajas entre los puertorriqueños en comparación a las bajas norteamericanas? ¿Por qué tan alta la proporción de los desajustados mentales —para usar un eufemismo más— entre nuestros veteranos de Corea? ¿Cuál fue el consenso de opinión de los oficiales norteamericanos respecto a sus soldados puertorriqueños? ¿Cuál el de los soldados puertorriqueños respecto a sus oficiales norteamericanos? ¿Por qué la Guerra de Corea provocó la disolución permanente del Regimiento 65 de Infantería, hasta entonces y por muchos años única unidad del ejército norteamericano compuesta totalmente por puertorriqueños?

Mientras una investigación concienzuda no pueda darnos respuestas confiables a esta serie de interrogaciones, nos conmovió el hecho

¹¹ *The San Juan Star*, martes 8 de marzo, 1960. El artículo nuestro a que nos referimos fue enviado a la redacción del periódico con título propio: *The sound and the fury of Mr. Kazin's critics*. Por razones difíciles de determinar —quizás para darles tono “noticioso” a las cuartillas— el trabajo lleva en primera plan el titular de *Noted writer looks at Kazin's content* y su continuación en las páginas interiores aparece como *Marqués analyzes Kazin content*, lo cual no deja de constituir menudo lío para una mera ficha bibliográfica.

de que unos cuantos puertorriqueños, hoy en su mayoría muertos, mutilados y psicópatas, obtuvieran, como individuos, condecoraciones en el conflicto bélico coreano, pero más nos conmueve la ignorancia monumental —y quizás más aún la garrafal indiferencia— de nuestro especialista en Ciencias Sociales respecto al fenómeno colectivo del puertorriqueño en Corea.

Huérfanos de la luz esclarecedora de las Ciencias Sociales, nos es preciso ir a la literatura para tener un atisbo de realidades que sólo podrían darnos determinados documentos sepultados —de existir todavía— en algún archivo del Ejército de los Estados Unidos en Washington. Afortunadamente, un escritor joven, Emilio Díaz Valcárcel, veterano de Corea, ha recreado la experiencia colectiva en varios de sus cuentos. *El soldado Damián Sánchez*,¹² una de sus narraciones cortas más características en relación al tema, refleja, no el mito del heroísmo, sino la psicología del hombre débil y dócil, antiheroico por excelencia. El protagonista, quien forma parte de una unidad militar compuesta mayormente por norteamericanos, tiene como amigo único a un soldado sudcoreano, quizás por haber encontrado en éste afinidades varias a su condición de puertorriqueño. Pero, acorralado hasta la exasperación por los prejuicios, atropellos e injusticias de que él, Damián Sánchez, es víctima a manos de sus compañeros y oficiales norteamericanos, en vez de reaccionar contra éstos, desahoga su furia, de modo aparentemente ilógico, golpeando injusta, viciosa y cruelmente a su amigo coreano, único ser a quien puede en ese momento considerar más débil o "inferior" que él mismo. Creemos que pocas veces se ha dramatizado tan aguda y certeramente el mecanismo psicológico del hombre débil y dócil.

El ejemplo señalado nos da la clave de porqué una sociedad "pacífica" y "tolerante" como lo es la puertorriqueña puede producir una literatura de violencia. Los actos violentos de los personajes literarios —y abundan éstos en todos los géneros en prosa— no son, en último análisis, producto de una doctrina revolucionaria, de una tradición heroica, de una rebeldía consciente y luminosa o de una agresividad normal y saludable, sino más bien de la desesperación de seres débiles y dóciles acorralados en el último reducto de la dignidad humana.

Lo anterior puede observarse mejor en algunas obras inspiradas en el fenómeno nacionalista. El protagonista del cuento *La muerte*¹³ no se enfrenta a la Masacre de Ponce con sentido político-heroico. Aceptando el hecho de la muerte como solución existencial, su acción,

¹² *Revista Asomante*, 3-1956, San Juan.

¹³ René Marqués, *Otro día nuestro* (cuentos), Imprenta Venezuela, San Juan, 1955.

juzgada por criterios comunes, podría calificarse de pasiva. Michel Lefranc, ex profesor universitario en el drama del mismo autor, *Un niño azul para esa sombra*, no pasa de ser un intelectual, si no dócil por lo menos débil, a quien la acción directa —gesto agresivo único y aislado en su vida— conduce a la destrucción. Una excepción a esta regla de violencia por exasperación la constituye el cuento *El juramento*¹⁴ en el cual se lleva hasta sus últimas y absurdas consecuencias la personalidad dócil del puertorriqueño. Aquí la violencia de que es víctima el personaje no provoca acción agresora alguna de su parte. El protagonista —significativamente sin nombre— ni siquiera es nacionalista. Víctima inocente de la historia oficial provocada por la Revolución de 1950 y de la macartiana doctrina jurídica de "culpabilidad por asociación", permanece inerte dentro del mecanismo implacable del Estado que lo devora. Aceptando su suerte de modo característicamente fatalista observa, con cínica lucidez, todos los absurdos detalles del proceso que lo aplasta, incapaz, sin embargo, de acción volitiva alguna que contribuya a cambiar el curso de su sino. Aparte de que pudiera haber intención de dramatizar o simbolizar un problema universal del hombre contemporáneo, la psicología del personaje y los detalles sociales, políticos y jurídicos que ponen en marcha esa psicología, son auténticamente puertorriqueños, es decir, su verosimilitud sólo resalta con nitidez estudiando al puertorriqueño dentro de su estructura cultural en determinado momento histórico.

*Nacionalismo y anexionismo:
el impulso autodestructor*

El fenómeno nacionalista dramatiza —tanto en la realidad como en la literatura— otro problema psicosocial: el notorio impulso autodestructor del puertorriqueño, en otras palabras, su tendencia suicida. Este reprimir o inhibir el normal impulso agresor hacia los demás, para dirigirlo morbosamente hacia sí mismo, ¿es una característica de seres y pueblos dóciles (léase fiangotados, tolerantes, "democráticos")? El asunto será quizás debatible, pero mientras una autoridad en psicología no nos pruebe lo contrario, podemos aceptar el hecho como característico dentro del cuadro psicológico de la docilidad.

La literatura de los últimos veinte años en Puerto Rico contiene, como ha apuntado un escritor recientemente,¹⁵ una cantidad alarmante de suicidas, bien literales o potenciales. Se dirá que el fenómeno es

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Véase el prólogo a la antología *Cuentos puertorriqueños de hoy*, Club del Libro de Puerto Rico, San Juan, 1959.

anejo a la literatura occidental contemporánea. Pero aquí interesa un dato estadístico que puede explicar el hecho dentro del ámbito insular: Puerto Rico es el país católico con más alta incidencia de suicidios en el mundo.¹⁶

El Tercer Festival de Teatro (1960), aparte de sus posibles méritos dramáticos, fue fiel a esta realidad puertorriqueña, dándonos por lo menos un suicida en cinco de las seis obras presentadas. Con anterioridad a éstas, tres de los dramas locales que quizás mayor afinidad han encontrado en nuestro público durante los últimos veinte años —*Tiempo muerto*, *La carreta* y *Los soles truncos*— dramatizan sin ambages esta tendencia suicida. En los géneros narrativos, nuestros más brillantes cuentistas del momento —José Luis González, Abelardo Díaz Alfaro, Pedro Juan Soto y Emilio Díaz Valcárcel, entre otros— sin rozar siquiera el fenómeno nacionalista, destacan el impulso suicida del puertorriqueño. *Spiks*,¹⁷ cuentos sobre puertorriqueños en Nueva York y *El asedio*,¹⁸ son dos volúmenes, cuyo contenido resulta muy característico al respecto.

Pero es sin duda el Nacionalismo puertorriqueño la manifestación que más claramente nos revela la psicología del suicida. Basta para ello un examen somero de los actos de violencia de los nacionalistas en los últimos treinta años. Con la excepción del asesinato político del coronel Riggs —única ocasión cuando lograron el objetivo inmediato— los atentados nacionalistas han resultado ser una serie de espectaculares fracasos. ¿Qué falla psicológica ha hecho que estos hombres armados, enfebrecidos de amor patriótico, decididos y temerarios, fracasaran en cada uno de sus muchos intentos de terrorismo político? Pensamos que la clave está en el irracional impulso suicida que los arrastraba a

¹⁶ *United Nations, Demographic Yearbook* 1951. Se descubren empeños oficiales recientes para dorar esta píldora, asegurándose que tales datos están ya superados. Al efecto, se invitó el año pasado a Eric Fromm para que estudiase el suicidio en Puerto Rico, con ejemplar gentileza adelantáronse los anfitriones a informarle públicamente al futuro huésped que la cosa ha mejorado de modo notable. Ignoramos si Fromm aceptó la invitación, pero esperamos que, de acceder al estudio, tome en consideración dos hechos: el descenso del crecimiento poblacional en Puerto Rico y la emigración a los Estados Unidos, marea que se lleva un sector considerable de las capas sociales más susceptibles de expresar el impulso autodestructor en el suicidio literal o físico. Cualquiera estudio actual sería más veraz si incluyese a la población migrante puertorriqueña con menos de cinco años de residencia en los Estados Unidos, es decir, mientras mejor conserva su "mancha de plátano" psicológica. Fromm, como buen psicólogo, tampoco dejará de examinar dos interrogantes que preocupan ya a algunos psiquiatras puertorriqueños: ¿Es la altísima y siempre creciente incidencia de accidentes automovilísticos en Puerto Rico —contra la cual nada pueden las sanciones de la ley ni las llamadas campañas cívico-educativas— una manifestación más del impulso autodestructor del puertorriqueño? Esa locura puertorriqueña del volante que tanto asombra y alarma a los extranjeros, ¿no es en último análisis síntoma claro de una tendencia suicida? Personalmente, creemos que sí.

¹⁷ Pedro Juan Soto, *Spiks*, Los Presentes, México, 1956.

¹⁸ Emilio Díaz Valcárcel, *El asedio*, Editorial Arrecife, México, 1958.

la acción. El objetivo real no era matar y, mucho menos, lograr la victoria, sino morir. Aparte de casos obvios como la Masacre de Ponce, el asalto a la Casa Blair en Washington puede considerarse como un acto claramente suicida. No por el objetivo, ciertamente, ni siquiera por los riesgos envueltos, sino por la forma en que se pretendió lograr el objetivo. Verdaderos revolucionarios, temerarios sí, pero disciplinados políticamente dentro de un movimiento libertador, o bien profesionales del terrorismo político, dispuestos a arriesgar sus vidas, pero sin la obsesión ni el propósito determinado de morir, habrían probablemente logrado lo que resultó imposible para los nacionalistas puertorriqueños.

Quizás debamos llegar a la conclusión de que la cohesión del movimiento nacionalista en sus años de mayor actividad se basaba, más en una condición psicológica común a sus miembros —el impulso suicida del puertorriqueño llevado a su más alta exacerbación— que en una doctrina revolucionaria o en una metodología terrorista. Este último punto es de interés, por su inexistencia, dentro del movimiento nacionalista. Compárese el planificado, metódico y eficaz terrorismo político de la clandestinidad argelina o del movimiento libertario chipriota —blanco escogido, blanco acertado— con el errátil, ametódico e inútil —suicida, en fin— terrorismo del Nacionalismo Puertorriqueño.¹⁹

El impulso suicida nacionalista, que podría describirse mediante el eufemismo de "complejo de martirio", aparece en varias obras literarias. El tema se introduce por vez primera en el cuento que da título al ya citado volumen *Otro día nuestro* (1955) y se reitera, sucesiva-

¹⁹ Este análisis del impulso suicida en su manifestación nacionalista no puede ocultar, ni desvirtuar siquiera, la importancia del Nacionalismo dentro de la historia política puertorriqueña contemporánea. Viendo el fenómeno con perspectiva histórica, puede asegurarse que el fracaso inmediato del Nacionalismo en sus años de mayor actividad se vio compensado por la influencia decisiva y determinante que ejerció en todo el movimiento político posterior a la década de 1930. Por reacción defensiva, tanto la política colonial local como la de Washington, no dejaron de tener muy en cuenta la existencia del movimiento nacionalista. Se puede afirmar que, en buena medida, las reformas coloniales concedidas en bloque bajo el nombre de Estado Libre Asociado son producto de esta reacción. Una de las cartas decisivas jugadas en Washington para apresurar la aprobación de la nueva fórmula, fue la amenaza política, latente aún para esa fecha, del Partido Nacionalista Puertorriqueño. Ello hace pensar que si el terrorismo nacionalista hubiese sido efectivo en los años claves de su actividad, habría logrado el objetivo político que era fundamento de su ideología. Obsérvese, por otro lado, que a pesar de la campaña de difamación y descrédito de los últimos veinte años, de la persecución y las represalias oficiales, de la desaparición de los nacionalistas como grupo político activo, de las actitudes pragmáticas, materialistas y utilitarias fomentadas en la juventud y del ambiente social hostil a esa ideología, todavía el Nacionalismo no deja de ejercer fascinación en sectores escolares y universitarios, con lo cual parece poderse asegurar, hasta cierto punto, su sobrevivencia en las nuevas generaciones. Es natural que así sea, ya que la fascinación que en Puerto Rico ejerce el Nacionalismo no es quizás tanto ideológica como psicológica. Siempre habrá puertorriqueños que, por el mero hecho de serlo, sentirán la responsabilidad moral de echar sobre sí el complejo de culpa colectivo, exacerbando de ese modo y al máximo su impulso autodestructor.

mente, en el teatro con *Palm Sunday* (1956) de René Marqués,²⁰ *Encrucijada* (1958) de Manuel Méndez Ballester,²¹ *El final de la calle* (1959) de Gerard Paul Marín²² y *Un niño azul para esa sombra* (1960) de René Marqués;²³ en la novela, con *La ceiba en el tiesto* (1956) de Enrique A. Laguerre,²⁴ *Los derrotados* (1957) de César Andreu Iglesias²⁵ y *El gigante y el alba* (1959) de Ricardo Cordero.²⁶

Pero no se crea que en la expresión política sean los nacionalistas los únicos en dramatizar, dentro de la sociedad puertorriqueña contemporánea, el impulso autodestructor. Bien es cierto que en éstos la expresión es más espectacular por tratarse de suicidio físico. Sin embargo, en el extremo opuesto, los asimilistas, estadoístas o anexionistas muestran en su psicología y en diversos grados, claros síntomas suicidas, aunque en ellos el irreprimible impulso de autodestrucción no se manifieste en el plano físico, sino en el moral y espiritual. Tomando como pretexto ideologías opuestas, el nacionalista y el anexionista coinciden en el deseo urgente de autodestruirse. Tan suicida es el gesto del nacionalista que, para provocar su muerte física ataca la Casa Blair, como el del anexionista que, para provocar su muerte moral y espiritual, ataca con intención destructora su propia esencia puertorriqueña. Ideológicamente aparecen ambos como antípodas, pero psicológicamente son almas puertorriqueñas gemelas.

Hay una diferencia, sin embargo. El nacionalista logra casi siempre y literalmente sus propósitos: muere de modo violento. El anexionista, en cambio, es un muerto en vida, un suicida nunca del todo realizado, un condenado a sí mismo a destruirse como puertorriqueño y más cada día, sin lograrlo nunca, puesto que no puede destruir totalmente su esencialidad puertorriqueña mientras en él aliente vida. Esta condición patética de eterno autocondenado del anexionista explica el grado de claudicación, humillación y servilismo a que puede en ocasiones llegar en su empeño suicida de anular o destruir su personalidad puertorriqueña.

El fenómeno alcanza el más alto nivel de absurdidad en el caso del negro anexionista. Nacido en una cultura donde el prejuicio racial se ha mantenido, en este siglo de cruentos conflictos, a un nivel muy bajo, lucha desesperada y suicidamente por destruir esos patrones culturales de humana convivencia para incorporar su país a una cultura

²⁰ Estrenado, no publicado aún. (Las fechas que se dan arriba se refieren a los estrenos).

²¹ *Teatro puertorriqueño*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1959.

²² Estrenado, no publicado aún.

²³ René Marqués, *Teatro*, Editorial Arrecife, México, 1959.

²⁴ Enrique A. Laguerre, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan, 1956.

²⁵ César Andreu Iglesias, *Los derrotados*, Los Presentes, México, 1956.

²⁶ Ricardo Cordero, *El gigante y el alba*, Ediciones Rumbos, Barcelona, 1959.

foránea donde el prejuicio actual contra el negro alcanza niveles de odio, crueldad y salvajismo jamás experimentados por la sociedad puertorriqueña contemporánea.

Significativamente, entre los fundadores del Anexionismo puertorriqueño a principios de siglo, hubo varios negros (inteligentes, ilustrados, orgullosos de su raza y de su condición de puertorriqueños, además, como para hacer la paradoja más dramática).²⁷ Significativamente también, podría asegurarse que la mayoría de los negros en el Puerto Rico de hoy son anexionistas. No hay duda de que en el puertorriqueño negro el impulso suicida es más agudo que en el blanco, puesto que hoy la anexión para él significa, de hecho, un grado mayor de auto-destrucción de lo que significa la muerte física para el blanco.

¿Cómo explicar tan enrevesada paradoja? O sería más propio preguntar: ¿Qué mecanismo psicológico ha desarrollado el negro puertorriqueño anexionista para conciliar su inescapable condición racial con su suicida ideología política? El mecanismo resulta sencillo y no es, por cierto, privativo de nuestro negro, sino que opera por igual en el blanco puertorriqueño, aunque sea en el primero donde el fenómeno aparece obvio, haciéndose por lo tanto más fácil el análisis.

Consiste dicho mecanismo en atrofiar en determinadas zonas del intelecto el poder racional de asociación, es decir, en desarrollar una cómoda y conveniente incapacidad para asociar o relacionar intelectualmente determinadas situaciones, hechos e ideas. Así es como el negro anexionista deja que resbalen por su oscura piel la tragedia de Little Rock, los linchamientos de negros en el Sur y la guerra racial en ciertos sectores de Nueva York y Chicago sin asociar, ni remotamente, estas expresiones sociopolíticas de la cultura de los Estados Unidos con su

²⁷ A fines del siglo pasado, la Constitución norteamericana y su Carta de Derechos (incorporada esta última como un calco del documento fundamental de la Revolución Francesa) eran sol que deslumbraba a muchos hombres liberales de Puerto Rico: reacción natural a los largos años de autoritarismo bajo la dominación española. Este deslumbramiento con los principios democráticos de la nación norteamericana, les impidió a algunos puertorriqueños examinar con claridad realidades sociopolíticas, y obvias tendencias imperialistas, que admiradores y creyentes en la Democracia como Martí y Betances no dejaron de percibir en el organismo poderoso de los Estados Unidos de Norteamérica. Fue así como un puñado de autonomistas y separatistas bajo el régimen de España —sin poseer la visión martiana— se convierten, con el cambio de soberanía en Puerto Rico, en los primeros propulsores del anexionismo o estadoísmo bajo el régimen norteamericano. Pero, además, a principios de siglo, los hombres que defendían la estadidad federada creían de buena fe que estaban bregando con un problema exclusivamente político. La posibilidad de la destrucción moral, cultural y espiritual de un pueblo por medios psicológicos era planteamiento extraño a algunos ilustrados puertorriqueños de entonces. Avanzado el siglo, sin embargo, con dos Guerras Mundiales a cuestas, con la coacción moral de la Propaganda elevada a categoría de ciencia, con las técnicas de agresión psicológica perfeccionadas hasta el más sutil refinamiento, los lavados cerebrales y espirituales de individuos y pueblos son hoy realidades tangibles, inescapables para el hombre atómico y presidencial. En esta era de "supercivilización", desconocida para los anexionistas de principios de siglo, la destrucción moral, cultural y espiritual a manos de una nación dominadora es para un pueblo amenaza más *real* e *inmediata* que la obsoleta destrucción por medios físicos.

condición de negro puertorriqueño que aspira a convertirse en negro norteamericano.

Repetimos, sin embargo, que el extraño fenómeno no es privativo del negro anexionista. El puertorriqueño "promedio", independientemente de su extracción racial, puede leer una novela, ver una película o seguir una serie de televisión, cuyo tema sea la lucha por la libertad de un pueblo que es o fue colonial (Irlanda, Chipre, Cuba, Polonia, Argelia o las Trece Colonias Americanas, por ejemplo), sin que tampoco, ni remotamente, se le ocurra relacionar lo que lee, ve u oye, con la condición colonial de su propio país.

No se crea que esta ceguera psicológica aqueja exclusivamente al ciudadano "promedio". La mayoría de los intelectuales popular-democrático o estadolibristas, quienes en Puerto Rico califican despectivamente de *obsoletos* los conceptos de patria y libertad, de *ilusos y locos* a los creyentes en la soberanía nacional, de *asesinos* a los Nacionalistas y de *románticos* a quienes colocan la dignidad del Hombre a un nivel más alto que el mero proceso digestivo, son los mismos intelectuales que apoyaron pública, alborozada y ruidosamente a Fidel Castro y su Movimiento 26 de Julio, sin detenerse a observar que aquellos guajiros revolucionarios eran precisamente *obsoletos, ilusos, locos, nacionalistas, asesinos y románticos*, según ellos —los estadolibristas— semánticamente lo entienden. Gracias al mecanismo de referencia, los intelectuales popular-democráticos pudieron, sin tener conciencia alguna de su flagrante contradicción, elogiar fervorosamente en Cuba lo que condenaban en Puerto Rico con igual fervor.²⁸ Este *block* psicológico, esta notoria incapacidad para la asociación intelectual de situaciones, hechos e ideas es rasgo que debe ya considerarse típico de la personalidad del Puerto Rico actual.

La literatura tiende un extraño velo de silencio sobre el fenómeno anexionista propiamente dicho. Podría argüirse que ello se debe a que los escritores puertorriqueños sustentan —casi en su totalidad— el ideal de independencia o, dicho de otro modo, a que, aparentemente, apenas si existe en Puerto Rico un ciudadano que, mereciendo el nombre de escritor, sea anexionista. El argumento podrá quizás ser válido, pero no deja de resultar un tanto superficial. Nada impediría que el escritor independentista abordase el fenómeno anexionista, precisamente para situarlo bajo luz adversa en su obra de creación. ¿Por qué no lo hace? Imposible argüir que el tema no sea literaturizable ya que el anexionista puertorriqueño, analizado en toda su dimensión huma-

²⁸ Parece innecesario señalar que tan pronto el Departamento de Estado norteamericano abrió fuego contra el Gobierno Revolucionario Cubano, el entusiasmo fidelista de estos intelectuales puertorriqueños se esfumó rápidamente. Hoy son ellos, sin duda, los más fieles antifidelistas con que cuenta el dirigismo panamericano en Washington.

na, es un personaje tremendamente patético, susceptible, por lo tanto, de transmutación al plano de creación literaria.

Entendemos que no es ni prejuicio político de parte del creador ni esterilidad de la materia prima a trabajarse lo que causa la inhibición, sino un problema ético que provoca una extraña sensación de pudor no experimentada por los autores ante ningún otro tema. Es como si, a los ojos del escritor, el Anexionismo fuese capaz de llevar baldón o contaminación a la creación estética. Escritores que han manejado con hábil audacia los temas más escabrosos, que han ahondado con la más cruel objetividad, sin escrúpulo alguno, en casi todas las miserias del hombre y la sociedad puertorriqueños, se detienen con algo que está muy cercano a la repugnancia ante el tema anexionista. Ni siquiera para atacarlo, lo cree el escritor digno de la transmutación poética. Este santo horror del hombre ético ante una doctrina como la del anexionismo, aunque comprensible en muchos sentidos, está creando una laguna en la literatura puertorriqueña contemporánea que es preciso llenar. La misión del escritor es siempre la de revelar, esclarecer, iluminar. Ningún fenómeno está tan necesitado de revelación, esclarecimiento e iluminación para beneficio del poco iluminado hombre puertorriqueño como el fenómeno psicológico anexionista. El escritor no debe nunca dejar de recoger el guante que a sus pies arroja, con mueca burlona, la realidad.²⁹

Síntesis de la psicología puertorriqueña: estadolibrismo

Hemos examinado, en el campo político, los dos fenómenos extremos —nacionalista y anexionista— de mecanismos psicológicos un tanto complejos. Sin embargo, es en el término medio o estadolibrismo donde la docilidad puertorriqueña encuentra, sin complicaciones psicológicas, su más cómoda y natural expresión. Consideramos genial este engendro político, no por las razones que arguyen sus panegiristas, sino por haber logrado cuajar en forma cuasi doctrinaria la realidad psicológica del pueblo que le da razón de ser. Es, en efecto, el Estado Libre Asociado expresión auténtica de la componenda, encarnación del eufemismo, producto acabado del arte espurio de dorar la píldora, en otras palabras, síntesis psicológica del hombre débil, tímido y dócil.

²⁹ En un plano no literario la historiadora Isabel Gutiérrez del Arroyo ha realizado un pulcro intento de esclarecimiento sobre el Anexionismo en su *Razones de una sinrazón*, trabajo publicado originalmente en el periódico *El Mundo* (1959) y luego impreso en forma de folleto bajo el título de *¿Puerto Rico Estado Federado?* (Imprenta Suño, Barcelona, 1960).

Aquellos que tachan a su presunto creador³⁰ de poseer mentalidad anglosajona, no parecen comprender que sólo un auténtico puertorriqueño dócil pudo ser capaz de acomodar en determinada fórmula política los más agudos resabios psicológicos del hombre puertorriqueño. Cuando el actual auspiciador de la fórmula afirma, con fines demagógicos, que el Estado Libre Asociado no es creación suya, sino del pueblo de Puerto Rico, lleva más razón de la que él mismo, honradamente, querría admitir. En cambio, cuando los estadolibristas declaran que esta fórmula refleja la inescapable realidad económica de Puerto Rico, están meramente racionalizando —si se nos permite el anglicismo— una realidad propia más inescapable, auténtica y determinante: la psicológica. Elevar su docilidad a categoría de dogma político era precisamente lo que el puertorriqueño necesitaba para vivir espiritual y moralmente su tradicional ñangotamiento psicológico sin remordimientos ni escrúpulos de conciencia.

El estadolibrismo en sí, como doctrina política, apenas si ha tenido cabida en la literatura puertorriqueña. El *statu quo* colonial sólo encuentra un panegirista en José A. Balseiro con su novela *En vela mientras el mundo duerme*.³¹ Sin llegar a la apología, Enrique A. Laguerre también descubre ciertas posturas o actitudes estadolibristas en algunos pasajes de *La ceiba en el tiesto*.³²

No es necesario, por otro lado, que el escritor puertorriqueño enfoque directamente el estadolibrismo para demostrar la realidad del Estado Libre Asociado en sus aspectos político y ético. Casi toda la expresión literaria puertorriqueña de los últimos años —aun aquella anterior a 1952, año de la instauración de las últimas reformas coloniales— es voz admonitoria en ocasiones, acusadora las más de las veces y profética otras en relación al sistema político actual. En este

³⁰ Propugnador o auspiciador actual, sería más exacto. Ya en 1922 el Partido Unión de Puerto Rico, orientado ideológicamente hasta su muerte —ocurrida pocos años antes— por Luis Muñoz Rivera, incluyó esta componenda política en su plataforma, y con idéntico nombre. Veintidós años después, en 1942, tres puertorriqueños que militaban en el Partido Popular Democrático ya en el poder (Rafael Cordero, Enrique Campos del Toro y Miguel Guerra Mondragón) le propusieron al entonces Gobernador norteamericano en la Isla, Rexford G. Tugwell, la vieja fórmula reformista del Partido Unión de Puerto Rico. Alegaban ellos que el pueblo puertorriqueño no estaba aún preparado para la Estadidad y que el Estado Libre Asociado sería fórmula preparatoria para lograr en el futuro el ideal de anexión. (Esta revelación la hace una de las mentes rectoras del Anexionismo actual, ex liberal y ex progresista, Rexford G. Tugwell, en su libro *The Art of Politics*, New York, Doubleday and Company, Inc., 1958). De un modo u otro no fue hasta 1952 cuando la medida de *compromise*, concebida por los tres puertorriqueños mencionados como transición hacia la estadidad federada, llegó a cuajarse en realidad bajo el liderato de Luis Muñoz Marín. La herencia política de Muñoz Rivera, recogida filialmente por su hijo, tardó treinta años en concretarse como expresión psicológica del pueblo puertorriqueño actual.

³¹ José A. Balseiro, *En vela mientras el mundo duerme*, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan, 1953.

³² Después de la publicación de dicha obra —1956— este autor parece, sin embargo, haber evolucionado ideológicamente hacia una posición independentista.

sentido puede decirse que la literatura puertorriqueña durante las dos últimas décadas —anterior y posterior al Estado Libre Asociado— ha sido fundamentalmente antiestadolibrista. Se comprende que así sea puesto que el escritor —rebelde con causa— jamás podrá conciliar, ni en Puerto Rico ni en sociedad alguna del mundo civilizado, su concepto ético de la libertad y la dignidad humana con la realidad antiética del colonialismo bajo cualquier nombre o circunstancia en que éste se produzca.

El patrón cultural autoritario

Empréndase un somero examen del mundo oficial puertorriqueño y pronto se observará que, bajo el epíteto de “democrática” se mueve dócilmente, sin dificultad alguna, una gigantesca máquina política, cuyo combustible vital es el patrón autoritario. Cuando nuestro especialista en Ciencias Sociales no puede menos que percibir el carácter anómalo del combustible —en aquellas ocasiones en que tiene la capacidad, voluntad y valor para percibirlo, cosa aparentemente no muy frecuente, dado que rara vez nos informa de ello— utiliza para describirlo el eufemismo de paternalista.

Paternal o autoritario ese, y no otro, es el patrón psicosocial que, en último análisis, rige en la sociedad aparentemente democrática de Puerto Rico. El hecho es pan cotidiano de nuestra vida pública y sería prolijo intentar una lista de ejemplos. Bastará con mencionar la absoluta e infantil dependencia de la legislatura puertorriqueña al poder ejecutivo, realidad psicológica y cultural que salta, tropical y burlescamente, por encima de graves y sesudos postulados constitucionales importados de otros climas y otras psicologías.

Pero quien crea que el fenómeno se circunscribe a la mentalidad del político de carrera en un gobierno popular deberá volver sus ojos a un ambiente más presuntamente intelectual e ilustrado: el de la Universidad de Puerto Rico. Notará allí la extraña sumisión del Claustro a los patrones autoritarios impuestos por la Administración pese al reciente y tan pregonado Senado Académico. Va sin decirse que en este caso entra en juego un factor curioso que viene a reforzar la docilidad puertorriqueña. Nos referimos a la total identificación de la mayoría de los profesores europeos, sud y norteamericanos —grupo crecido al presente— con la política autoritaria rectoral, reacción psicológica comprensible dada la sensación de inseguridad que experimenta aquel extranjero que se ve incrustado impensadamente en una

estructura cultural para él ajena y, hasta quizás —de acuerdo a sus propios complejos y resentimientos de exilado— hostil.³³

El patrón autoritario no es exclusivo de las esferas oficiales; se permea por igual a todos los grupos de la sociedad puertorriqueña. En los partidos políticos, las uniones y sindicatos obreros, las asociaciones profesionales, las organizaciones cívicas y las instituciones culturales, el poder tiende a concentrarse y perennizarse —de hecho, muy a menudo se concentra y perenniza— autoritariamente en una persona. El proceso democrático, seguido externa y mecánicamente —con meticulosa y patética minuciosidad en ocasiones— sólo sirve para ocultar (acallando escrúpulos) la efectividad del autoritarismo en plena función. No es raro así ver a directores y presidentes peleles en organizaciones en que el dictador, por ladina hipocresía democrática, tiene a bien ocultar su poder “detrás del trono”. Democracia de Derecho, gobierno autoritario de hecho, es una descripción exacta, no sólo del Estado puertorriqueño, sino de todos aquellos grupos organizados más o menos al margen de la influencia directa oficial.³⁴

El patrón autoritario, en buen número de sus expresiones o manifestaciones, está tratado directa o indirecta, consciente o inconscientemente en casi toda nuestra literatura contemporánea. Cuentos de Miguel Meléndez Muñoz, Emilio S. Belaval, Abelardo Díaz Alfaro, José Luis González destacan el tema. Preocupa éste a Laguerre en varias de sus novelas, especialmente en *La llamarada*,³⁵ a Méndez Ballester en uno de sus primeros dramas, *Tiempo muerto*,³⁶ a Pedro Juan Soto en su reciente *Usmail*,³⁷ y a René Marqués en *La muerte no entrará en palacio*,³⁸ tragedia esta última donde el problema se explora directamente en su manifestación actual: autoritarismo de hecho enmascarado bajo una democracia de derecho.

³³ Similar mecanismo psicológico —identificación con el autoritarismo oficial— opera en casi toda la colonia de norteamericanos en Puerto Rico, percibiéndose esto más claramente en los recién llegados —técnicos, peritos, profesionales, capataces (*foremen*), comisionistas (*salesmen*), hoteleros, industriales, especuladores en bienes raíces, banqueros, administradores y comerciantes— aquellos, en fin que constituyen la segunda y, en todos sentidos, más devastadora invasión.

³⁴ No que sea éste un fenómeno exclusivo de Puerto Rico, pero como en el caso que nos ocupa de Puerto Rico se trata, nos excusarán los especialistas exigentes si les ahorramos —ahorrándonoslas nosotros— digresiones sobre el hecho en otras sociedades contemporáneas, las cuales, con perdón sea dicho, nos importan mucho menos que la nuestra propia. Para expresarlo en el pintoresco argot de la Compañía de Fomento Industrial, “cada palo que aguante su vela”.

³⁵ Enrique A. Laguerre, *La llamarada* (primera edición), Tipografía Ruiz, Aguadilla, P. R., 1935.

³⁶ Manuel Méndez Ballester, *Tiempo muerto* (primera edición), Publicaciones Areyto, San Juan, 1940.

³⁷ Pedro Juan Soto, *Usmail* (novela), Club del Libro de Puerto Rico, San Juan, 1959.

³⁸ René Marqués, *Teatro*, Ediciones Arrecife, México, 1959.

El patrón matriarcal

Dentro del panorama psicológico de la docilidad puertorriqueña, la literatura de los últimos veinte años manifiesta algo de inescapable importancia: la irrupción de la mujer como personaje protagónico en la obra literaria. Ya un autor ha apuntado³⁹ que son los escritores más jóvenes "quienes han logrado caracterizaciones femeninas de mayor altura trágica y de más honda penetración psicológica". Alguien podrá preguntar qué relación hay entre personajes femeninos bien logrados y docilidad puertorriqueña, arguyendo que en todo caso lo único que demuestra el hecho es un grado mayor de madurez en nuestra literatura toda vez que el grueso de la mejor expresión literaria occidental, desde Eurípides hasta nuestros días se ha realizado mayormente a través de la creación de personajes femeninos. La observación, además de halagadora para nuestra literatura actual, resulta también válida siempre que se le tome como una regla muy general con no escasas y notabilísimas excepciones. Ateniéndonos a ella diríamos que el hombre de pluma sólo puede obtener su "doctorado" de escritor después de haber logrado un tan alto grado de capacidad analítica respecto al emocionante y excitante sexo opuesto como para explorar con fría lucidez, todos los resquicios de ese otro mundo psicológico evasivo, misterioso y —a no dudarlo para él, ¡pobre diablo!, muy peligroso. Pero por halagadora que resulte la explicación general o universal, no es ella, a nuestro ver, factor determinante—quizás lo sea secundario— en el fenómeno literario local ya mencionado.

Creemos que el hecho literario probablemente es aquí resultado de un fenómeno social puertorriqueño: la instauración del patrón matriarcal estilo anglosajón en 1940 y su consecuente y arrollador desarrollo en el curso de los últimos veinte años. Antes de dicho período—imperando culturalmente el patrón del *pater familiae*, aunque nuestras mujeres gozaran ya de aquellos derechos legales que habían demandado— sólo se podían conseguir en la literatura puertorriqueña, tras fatigosa búsqueda, algunas caracterizaciones femeninas de apreciables méritos. Esto no es cierto en literaturas de sociedades contemporáneas donde aún impera culturalmente el *pater familiae* (la francesa, la española o la italiana, por ejemplo) que han dado personajes literarios femeninos de primera categoría con pródiga generosidad.

Parecerá innecesario aclarar que cuando hablamos de la frecuencia de *buenas* caracterizaciones femeninas en nuestra literatura actual nos referimos a logros psicológicos, y estéticos, y no a virtud moral alguna.

³⁹ Véase prólogo a *Cuentos puertorriqueños de hoy* (antología), Club del Libro de Puerto Rico, San Juan, 1959.

A decir verdad, los escritores jóvenes parecen vengarse ferozmente del matriarcado —patrón extraño recién importado a su cultura— presentando a menudo a la mujer bajo la luz más adversa que la pobre pueda, como personaje, soportar. Aparentemente, son ellos —los escritores— los únicos que en la sociedad puertorriqueña han reaccionado con agresividad y rebeldía ante la desaparición del último baluarte cultural desde donde podía aún combatirse, en parte, la docilidad colectiva: el *machismo*, versión criolla de la fusión y adaptación de dos conceptos seculares, la *honra* española y el *pater familiae* romano.

Sería difícil exponer en todos sus detalles la amenaza efectiva del matriarcado en Puerto Rico, no debido a falta de pruebas, sino de espacio. Por cada caso de *machismo* fosilizado que la trabajadora social lograra presentarnos en un campo remoto de la montaña o en algún arrabal no del todo americanizado de la ciudad, estamos seguros de poder someterle —si su superiora, la socióloga, nos da los medios para el *research*— dos o más casos de flagrante delito matriarcal en la siempre creciente y pujante clase media, capa social responsable de instaurar los patrones culturales en una sociedad mesocrática, que es en lo que se está convirtiendo festinadamente la nuestra. Amén de que una ojeada a la vida pública puertorriqueña actual da la medida de la docilidad del hombre —triste figura de ex *pater familiae*— ante el avance agresivo de la mujer en todas las esferas en que él fuera una vez —¡nostálgico pasado!— dueño y señor. Escaso consuelo para el antropólogo nativo observar cómo un aspecto de la docilidad puertorriqueña pasa, sin alteración alguna, de manos de la mujer a manos del hombre.

Dejemos a nuestra vez en manos del psicólogo o, mejor aún, del psiquiatra la predicción de lo que esta nueva realidad cultural significa para la sociedad puertorriqueña futura. Bástenos ahora referir a la socióloga —puede todavía ser un sociólogo, desde luego— al reciente censo poblacional, el cual arroja en ciertos sectores geográficos un alarmante desequilibrio en la proporción de los sexos, debido, según se alega, a la emigración masculina de los Estados Unidos de Norteamérica. Factores políticos, sociales, culturales, económicos y psicológicos parecen coincidir en la rápida concreción de un patrón matriarcal dentro de la sociedad puertorriqueña. Hasta donde sabemos —y puede nuestra información resultar deficiente— toca al símbolo literario⁴⁰ el crédito de haber dado la primera voz de franca alarma respecto a un problema que es de la incumbencia directa de antropólogos, sociólogos y psicólogos.

⁴⁰ Véase el cuento *En la popa hay un cuerpo reclinado* en la ya citada antología.

Civismo y religión: imposición social⁴¹ del inglés

En un corte transversal de actitudes y expresiones colectivas, aun sin ser exhaustiva, han de encontrarse algunas zonas no incluidas hasta la fecha en nuestra literatura, pero que juzgamos de importancia para obtener una más clara perspectiva del cuadro psicológico.

En las próximas páginas, dada la imposibilidad de referencias literarias directas, y con el fin de mantener un tanto la unidad temática que anuncia el subtítulo del trabajo —literatura y realidad psicológica— nos vamos a permitir, al abordar el material encasillado en esta sección y cuando lo juzguemos oportuno, llenar el vacío literario haciendo nosotros mismos un poco de literatura. El lector avisado, estamos seguros, no se dejará despistar por alguno que otro punteo de humor o de vuelo imaginativo, hasta el extremo de perder de vista el análisis real velado apenas tras la máscara de Dionisios.

Sin mayores preámbulos, procedemos a introducir el tema con una de esas anécdotas que tanto gustan cultivar los norteamericanos en sus sentimentales y optimistas publicaciones periódicas a lo *Reader's Digest*: Recientemente se invitó a un escritor puertorriqueño a hablar ante el Club Rotario de San Juan. De lo que habló no vendría al caso, pero dado que algún mal intencionado podría pensar que el escritor se presentaba ante los honorables miembros del Rotarismo Internacional para informarles algo de interés fundamental a su matrícula —fomento industrial, por ejemplo, o método para aumentar las ventas en diez lecciones, quizás— debemos aclarar que su charla de diez minutos versó, modestamente, sobre el teatro en Puerto Rico, con motivo de haber anunciado el *San Juan Drama Festival* la intención de montar una obra puertorriqueña en traducción inglesa.

No le sorprendió al escritor invitado, ni sorprenderá a nadie, el hecho de que el Club Rotario de San Juan hable inglés exclusivamente, tanto en sus ceremonias formales como en sus reuniones y deliberaciones regulares. Ello es natural —natural en nuestro medio social, se entiende— ya que el Presidente del referido Club es norteamericano y la matrícula alberga un respetable número de industriales, banqueros y comerciantes, no sólo norteamericanos, sino en su mayoría monolingües. Como huésped, sin embargo, el escritor se sintió libre de escoger, para comunicar sus ideas, el idioma de su preferencia, escogiendo desde luego aquel que, sabrosamente, de su madre había mamado.

No viene al caso tampoco, pero parece justo hacerlo constar como

⁴¹ Aclaremos lo de *social* porque no intentamos, ni de mucho, introducir al lector en el embrollado campo de la pedagogía.

tributo al grado de civilización democrática de aquel conglomerado ciudadano, el hecho de que la actitud individual y colectiva fue irreprochable. No hubo incidente desagradable alguno por haberse violado el dogma lingüístico. Nadie, es justo también decirlo, tachó al invitado de estar intelectualmente "jojoto" por el hecho de hablar, ante un público mixto, el idioma propio. Por el contrario, había en la mayoría de rostros norteamericanos una expresión de concentración y genuino interés como si en mucho les fuera entender —el escritor hablaba, no faltaba más, pausada y correctamente— lo que allí en español se decía.

Concluidos charla y aplausos, un norteamericano de mediana edad se puso de pie y pidió al Presidente permiso para hablar, luego de lo cual exclamó en su idioma: *¡Gracias a Dios, que por vez primera oigo hablar buen español en el Club Rotario de San Juan!* Un cerrado y prolongado aplauso acogió la breve oración del caballero por Norteamérica.

Descontando la dosis de humor que pueda contener el incidente, nos interesan, como reveladores, dos factores: el que en un Club Rotario de Puerto Rico sea un norteamericano quien exprese velado reproche a la política lingüística de la organización cívica a que pertenece, y el que sea puertorriqueña la mayoría de los que aplauden, con cálido entusiasmo, la articulación de ese reproche. Sospechamos que ningún puertorriqueño allí presente hubiese dicho en público lo que dijo el norteamericano. Pero también sospechamos, a juzgar por sus aplausos, que un buen número de puertorriqueños llevaba dentro de sí el problema como un cargo de conciencia.

La batalla del idioma en las organizaciones cívicas locales, no siempre la gana el inglés, sin embargo. Muy recientemente, otro club cívico masculino del área metropolitana rechazó la moción de uno de sus afiliados en el sentido de convertirse en organismo bilingüe, es decir, en utilizar en sus reuniones y deliberaciones, indistintamente, el inglés y el español. Por abrumadora mayoría se derrotó la proposición, conservándose el uso oficial del español, excepto en el rutinario juramento a la bandera norteamericana.⁴² El proponente de la moción, anexionista puertorriqueño, indignado y humillado ante su derrota, renunció. Ignoramos con exactitud los factores que en este caso aislado dieran el triunfo al vernáculo, excepto, quizás, el hecho de que en la matrícula sólo hay tres norteamericanos y los tres —fenómeno colosal— hablan español, anulándose con ello el argumento estereotipado de que agrupaciones puertorriqueñas en las cuales hay norteamer-

⁴² Este hecho —el juramento a la bandera norteamericana por puertorriqueños— se ha recogido en la literatura nuestra, dramatizándose el ya mencionado cuento *El juramento* (1955) y más recientemente (1959) en una novela, *La víspera del hombre* (cap. XVIII).

ricanos deban adoptar oficialmente el inglés "por cortesía". Otro factor importante es, sin duda, el político (afiliación partidista de la mayoría de la matrícula), dato que desconocemos. Quizás algo contribuya también el que en este caso se trate de un club situado en una zona marginal de la ciudad, más pequeño, familiar y "provinciano" que los del centro de San Juan, con toda probabilidad también de carácter más social que mercantil. Téngase en cuenta, no obstante, que esta zona marginal pronto sufrirá un intenso desarrollo industrial. Puede predecirse que, dentro de un par de años, el inglés sustituirá al español en el referido club. Se aprobará entonces, por unanimidad, una moción reconociendo la sabiduría de la moción hoy derrotada y volverá triunfante al seno colectivo el anexionista hoy humillado. Sus compañeros puertorriqueños, puestos de pie, lo recibirán sonrientes, harán todos al mismo tiempo así con la mano y gritarán al unísono: *Hi, Joe!*⁴³

Auscultado el campo cívico en relación al problema, echemos una ojeada al de la religión. Dentro de los diversos grupos religiosos, es la Iglesia Católica quien mayor empeño muestra en imponer el uso social del inglés.⁴⁴ Bajo el estímulo de Monseñor John P. Davis,

⁴³ Una ojeada superficial a las organizaciones cívicas en Puerto Rico parece indicar que, en términos de americanización, los Leones están menos americanizados que los Rotarios, mientras que los Elks alcanzan el nivel de americanización más alto posible. (Dato curioso: los Elks sienten rubor de traducir al español su nombre. Rubor inexplicable puesto que en nuestro idioma *elks* son sencillamente alces, antas o —según lo define cualquier diccionario español— "cuadrúpedos rumiantes parecidos al ciervo y tan corpulentos como el caballo". Aceptamos que identificarse como "cuadrúpedos rumiantes" es algo que no halagaría el ego colectivo de una organización fraternal, pero términos de la fauna como *Alces* o *Anias* resultan en español tan decorosos como el de Leones, capaces todos de simbolizar el alto espíritu de civismo y confraternidad humana de estas organizaciones norteamericanas en el Puerto Rico de hoy. Las damas cívicas, por su parte, parecen ocupar, en la escala americanista, un lugar intermedio entre los Leones y los Rotarios. (Dato curioso: las cívicas no juran la bandera norteamericana en sus ceremonias regulares. Por qué en este caso las mujeres cívicas no hacen lo que los hombres cívicos, será siempre difícil de determinar. Cabe, sin embargo, una interrogante: ¿Son las mujeres *menos* dóciles que los hombres? Dentro de una sociedad matriarcal parece lógico suponerlo así).

⁴⁴ Paradójicamente, el Protestantismo, importación reciente de la cultura norteamericana, si bien ha hecho su parte en la labor deteriorante y desintegradora respecto a la unidad nacional puertorriqueña, no ha contribuido mucho, al menos en su actividad religiosa directa, a la imposición social del inglés. Ello quizás se deba a que la inmensa mayoría de la jerarquía, clero y liderazgo protestantes es puertorriqueña. No hay que olvidar, sin embargo, que en los últimos cincuenta años han sido protestantes, ocupando cargos claves en el Departamento de Instrucción y en la legislatura insular, quienes más decididamente han atacado al vernáculo y más fervorosamente han defendido la americanización "lingüística" a través de la instrucción pública en Puerto Rico.

En términos generales, otro tanto puede decirse de la Masonería, cuyos líderes son puertorriqueños, pero dentro de logias sucursales —en casi su totalidad— del poder central en los Estados Unidos, desde donde reciben una orientación nacionalista norteamericana en abierta pugna con la posible sobrevivencia de la nacionalidad puertorriqueña. Incluso los Espiritistas, cuyo reino parecería ser menos de este mundo que el de otros grupos religiosos, no pueden evitar que en el Más Allá se sientan despistados ante el problema político-cultural de Puerto Rico. Así es como puertorriqueños creyentes en el Espiritismo tienen hoy que oír a sus abuelos y tatarabuelos —muertos en tiempos de España— hablar desde ultratumba en inglés norteamericano, con acento de Brooklyn o del

hoy Arzobispo de Puerto Rico, se manifiestan ya en el área metropolitana ciertas prácticas, no sólo novísimas, sino, incluso, extrañas al catolicismo secular puertorriqueño. Circulan, por ejemplo, hojas sueltas con el imperioso mandamiento: *Retire in English*. No se trata, desde luego, como podría pensar con ejemplar candor un nativo monolingüe, del Retiro Social Federal, sino, sencillamente, de efectuar el Retiro Espiritual en inglés. *Item*, más, la Iglesia, guardadora en todo país católico de la cultura secular, fomenta en Puerto Rico y en círculos presuntamente "sofisticados" de los *nouveaux américains*, la Confesión en inglés. Ajustándose a la política de Monseñor Davis, varias organizaciones han hecho esfuerzos encomiables por ponerse a la moda lingüístico-religiosa. Una de varones católicos —especie de Elks celestiales por su alto grado de americanización— lo hace todo en inglés: invitaciones, llamadas telefónicas, reuniones, deliberaciones, Confesiones y Retiros. Si el observador imparcial no tuviese embotado su sentido del humor, podría quizás pensar que entre los practicantes del nuevo Catolicismo en Puerto Rico existe la mística esperanza de un cuadro conmovedor: San Pedro abriendo para ellos las puertas del Cielo a los acordes del *Star Spangled Banner*. (Esperanza, admitimos, tan cristianamente piadosa como cualquier otra que careciese de sonido estereofónico celestial).

La imposición social del inglés, sin embargo, no se circunscribe a las organizaciones cívicas y a la Iglesia Católica. En la Escuela de Medicina se pregunta cortésmente a los alumnos si desean la clase en inglés o en español, a escoger. Bastará que uno solo la prefiera en inglés para que en dicho idioma se enseñe la materia durante todo el curso académico, sin que el resto de los estudiantes puertorriqueños —mayoría absoluta menos uno— se atreva a formular la más leve protesta. Lo que demuestra cómo anda la democracia lingüística por esos lares. Poco más o menos igual se perfila por buen número de colegios y departamentos de la Universidad.⁴⁵ No obstante, por no pe-

Middle West. Quizás ello se deba a que con bastante frecuencia los médiums de mayores facultades y fama operando en las sesiones puertorriqueñas son norteamericanos. (Al autor le aseguró una famosa *medium* norteamericana en San Juan que su maestro —padrino o protector espiritual, suponemos— es el escritor inglés Carlyle. Al gratuito ahijado puertorriqueño no le sorprendió tanto el hecho de que a los pocos segundos su inelegido maestro de Inglaterra hablase con acento neoyorquino, como el hecho de que, habiendo tantos, que se le asignase uno tan fastidiosa y típicamente británico como Carlyle. Ello sólo demuestra que el tremendo embrollo cultural tenemos que sufrirlo fatalmente los puertorriqueños aún más allá de las fronteras de nuestra ya bastante embrollada vida material).

⁴⁵ Nos referimos a la Universidad de Puerto Rico (institución pública subvencionada y orientada por el Estado). En cuanto a las dos universidades privadas —la católica de Santa María en Ponce y la protestante Interamericana en San Germán— llevan la imposición del inglés a extremos ridículos. Por otro lado, en buen número de escuelas católicas en la isla, la enseñanza se da totalmente en inglés, violándose así los reglamentos del Departamento de Instrucción Pública. Lo cual no parece preocupar ni poco

car de prolijos, nos abstenemos de entrar en el turbio campo de la pedagogía y hacemos un alto aquí.⁴⁶

Religión y pedagogía a un lado, nadie en el mundo actual puede cegarse a la realidad de que el inglés es en nuestros días —como lo fueron el griego, el latín, el portugués, el francés y el español en diversas épocas históricas, y como quizás fatalmente lo sea el ruso en el futuro— el idioma mercantil por excelencia. Siendo aún los Estados Unidos el poder económico que domina en Occidente, el mundillo del comercio y la banca descarga comunicaciones y operaciones en el idioma imperial. Esto es un fenómeno general que no debe causar especial alarma en una sociedad normalmente constituida y de bien definida personalidad.

No obstante, cuando una sociedad colonial, de distinto idioma y cultura, se autoimpone el inglés, no ya como estricta necesidad del sector de los negocios, sino como instrumento político-cultural disfrazado de "moda social", para desbancar el idioma vernáculo y con él los valores aún prevaletentes de la cultura autóctona, vale la pena explorar el fenómeno en sus raíces psicológicas, que son las que aquí interesan.

Al observador objetivo no ha de escapar el hecho de que hoy en Puerto Rico no es el Estado quien impone *oficialmente* el idioma extranjero, aunque no deje de estimularlo bajo cuerda. La imposición del inglés está mayormente en manos de una serie de agrupaciones puertorriqueñas extraoficiales, de carácter profesional, cívico y religioso. Examinemos someramente las implicaciones psicológicas de esta disciplina social respecto a un segundo idioma entre capas directrices de la sociedad puertorriqueña.

Las motivaciones psicológicas detrás de semejante "moda" deben ser harto poderosas, ya que la imposición en sí no deja de constituir sacrificio para el puertorriqueño. El uso de un idioma extranjero siempre implica un esfuerzo intelectual y una tensión adicionales que no son las normales en una conversación en el vernáculo. Esto coloca al sujeto, intelectual y psicológicamente, en cierta desventaja en relación al interlocutor cuya lengua se habla. Si a ello se añade que en este caso el idioma extranjero es uno que contiene para el puertorriqueño cargas, ambivalencias y conflictos psicológicos (colonia-me-

ni mucho a los oficiales de esa dependencia gubernamental encargados de autorizar y regular el funcionamiento de las escuelas privadas en Puerto Rico.

⁴⁶ Toda vez que la docilidad ha de considerarse más característica adquirida que más hereditario o congénito, un sistema de instrucción pública virilmente anticolonialista podría, en dos o tres generaciones, cambiar en buena medida el cuadro psicosocial de la docilidad puertorriqueña. Infortunadamente, es ese el tipo de educación que jamás le será permitido al pueblo puertorriqueño en su actual realidad colonial. Lo que ha venido a ser la tan cacareada "reforma educativa" —confesión de la más total impotencia pedagógica dentro del sistema colonial vigente— prueba el anterior aserto a saciedad.

trópolis, puertorriqueño-americano, inferior-superior, débil-poderoso, dócil-agresivo) se comprenderá que, aun sin percibirlo él, la experiencia le producirá mayor fatiga mental y emocional de las normalmente necesarias.

Es siempre interesante observar en Puerto Rico a un puertorriqueño y un norteamericano comunicarse entre sí cuando no está envuelta una transacción mercantil. En este último caso el sentido comercial del norteamericano puede forzarle a utilizar una técnica estereotipada de concesiones psicológicas y halagos para con su cliente que, necesariamente, disfraza u oculta la posición de inferioridad del último a los ojos de un observador superficial. En otras circunstancias, sin embargo, no estando la conversación relacionada directamente con las ventajas económicas que el norteamericano espera obtener, los respectivos complejos nacionales de culpa salen de un modo u otro a la superficie.

El norteamericano en Puerto Rico se siente —aunque ello nunca le aflore a la conciencia— culpable de su imperialismo, lo cual se traduce en una de dos actitudes extremas: arrogancia agresiva de hombre "superior" que debe probarse *a sí mismo* la validez y moralidad de su pecado imperial ("yo soy imperialista porque, después de todo, *soy superior*") o la condescendencia benévola del ciudadano del imperio que desea probar *a los demás* la legitimidad y conveniencia de la política imperial, aceptando humanitariamente ayudar al débil e "inferior" a serlo un poco menos (no mucho, desde luego, pues ello pondría en peligro la insegura condición de "superioridad" del ente imperial). A esta última gesticulación espiritual, el propio estadounidense la ha llamado *patronizing attitude* (que en español calificaríamos, con mayor verdad psicológica de lo que a primera vista podría revelar el término, como *actitud de benevolencia patronal*).

Es oportuno señalar a este respecto que el llamado humanitarismo norteamericano opera casi siempre en el plano material o económico; muy raras veces en el ético o espiritual. Si se estudia el proceso del cesarismo norteamericano contemporáneo⁴⁷ se llega a la conclusión de que el norteamericano ha restringido el término *libertad* para ceñirlo exclusivamente a una estrecha acepción económica: la libertad del hambre. En la práctica, dicha libertad puede condensarse en un axioma: pueblo que compra lo que ingiere en el mercado de los Estados Unidos, es pueblo "libre" y "democrático". Si a alguno de los pueblos afectados por la tutela patronal del imperio —y no tiene que ser una colonia literal como Puerto Rico para ello se le ocurre llevar

⁴⁷ Véase *The coming Caesars*, de Amaury de Riencourt, New York, Coward-McCann, Inc., 1957.

el término libertad al plano espiritual y ético alegando, bien que no sólo de pan vive el hombre o bien que el pan más sabroso o más digno es el propio aunque sea menos blando y menos blanco, el "humanitarismo" norteamericano se siente herido en sus raíces más hondas. El poderío del imperio se mueve diligente para aplastar a ese pueblo que osó violar el dogma norteamericano de la "libertad". (Cuba y Puerto Rico no serán "de un pájaro las dos alas", pero en relación a lo anterior han sido indudablemente dos plumas harto similares en el ostentoso plumaje del mismo pájaro imperial). Hemos de aceptar entonces que el "humanitarismo" de los Estados Unidos no es en buena medida otra cosa que una racionalización de las perentorias necesidades y exigencias de su imperio económico. Cada pueblo "liberado" del hambre por los Estados Unidos se convierte en mercado cautivo dentro de la compleja red económica norteamericana. Cualquier intento de ese pueblo por ir más allá en su consecución de la libertad (muy especialmente de la libertad económica en sentido nacional) constituye grave ofensa contra la "democracia" o economía imperial estadounidense, ofensa que tendrá que pagar —si está en manos de los Estados Unidos realizarlo— sometiéndose al castigo de agresión económica, es decir, al sitio por hambre, del cual una vez más será "liberado" si acepta ahora las condiciones del "humanitarismo" norteamericano que tuvo antes la incalificable audacia de rehusar.

Todo esto, que es muy trágico, pero muy real para las partes envueltas, yace como sedimento psicológico —no examinado ni razonado— en el almarío del norteamericano en Puerto Rico. (Obviamente, en cualquier otro país también, pero insistimos en referir los fenómenos en discusión al tema que nos ocupa). Semejantes conflictos y ambivalencias sólo se convierten en material consciente para aquellos norteamericanos que, además de ilustración, poseen honda sensibilidad. De estos, naturalmente, existen muy pocos en Puerto Rico. Es en ellos, sin embargo, donde pueden observarse mejor todas las complejidades de la psicología norteamericana actual. Hay una soterrada angustia en su trato con los puertorriqueños. La urgencia de pertenecer (*to belong*) les lleva a un sincero y honrado esfuerzo por comprender al puertorriqueño y simpatizar con su idiosincrasia y sus patrones culturales. Pero no lo logran nunca del todo quizás porque les estorban demasiado los remordimientos de su "traición" a lo norteamericano. Ovejas negras entre los norteamericanos residentes, no dejan de saberse "patitos feos" en el conglomerado social puertorriqueño. Algunos, incapaces de soportar las tensiones extremas llegan al "compromiso" ilusorio de pretender ser, simultáneamente, norteamericanos entre los

norteamericanos residentes y puertorriqueños entre los puertorriqueños. Semejante acrobacia psicológica, a la larga los deteriora moral, espiritual e intelectualmente. (Sus sociólogos y psicólogos luego aducen que es el enervante clima tropical la causa de este deterioro).

Al enfrentarse al norteamericano, el puertorriqueño, por su parte, pone en marcha su complejo de culpa colonial.⁴⁸ Para tolerar, excusándola, su humillante condición, ha de admitir que es *inferior* al norteamericano. De ahí su obsequiosidad ("cortesía", "hospitalidad", "generosidad" tradicionales) en expresiones que se acercan mucho al servilismo. Esta admisión inconsciente de inferioridad no deja de herir su ego provocando a menudo reacciones compensadoras extremas como lo son la del antagonismo violento o la del entreguismo total. La más interesante, desde el punto de vista psicológico, es sin duda la última, pues mediante ella se cree poder prescribir de todo mecanismo de defensa, abriéndose el ser, sin resistencia, a lo norteamericano para adquirir o incorporar así la "superioridad" del ente temido y envidiado, cosa que, desde luego, jamás se logrará. En muchos puertorriqueños que, además de instrucción e ilustración poseen adecuada sensibilidad, estas manifestaciones extremas nunca aparecen en toda su brutal pureza. En ellos se desarrolla una extraña ambivalencia en su trato social con el norteamericano, similar, en su soterrada angustia, a la del norteamericano sensible cuando trata de confraternizar con el puertorriqueño.

Sólo en individuos auténticamente bilingües y que creen haber resuelto toda ambivalencia psicológica respecto al problema político-cultural dentro del cual nacieron —y en Puerto Rico apenas si habrá un puñado de estos *icebergs* tropicales— puede el angustiado mecanismo de defensa reducirse a un mínimo apareciendo como inexistente

⁴⁸ El complejo opera también, aunque en menor grado, ante otros extranjeros occidentales, especialmente españoles (precisamente los que ocuparon en una ocasión el lugar que hoy ocupa el norteamericano). En la vida artística y cultural los peninsulares siguen alimentando en Puerto Rico ciertos resabios caros al complejo colonial isleño. Obsérvese la cantidad de mediocridades españolas ocupando puestos claves en las élites artística y cultural y en los círculos universitarios. Aun frente a aquellas pocas figuras de españoles residentes, cuyo valor intelectual es auténtico e innegable, la actitud general del puertorriqueño no es de reconocimiento digno, sino de cierto servilismo tropical, como si reviviese en él su ancestral servidumbre ante el Conquistador. Las escenas de denigrante farsa montadas por algunos círculos puertorriqueños alrededor de prestigiosas figuras como la de Juan Ramón Jiménez y Pablo Casals, podrían quizás dar la medida de lo que apuntamos. Por otro lado, en la llamada "vida social", la Casa de España sigue fascinando, como meta suprema, a gran número de sanjuaneros de la clase media. En las nuevas generaciones, mejor indoctrinadas dentro de los prejuicios nacionales norteamericanos, el complejo colonial se disfraza de airecillo de superioridad frente a ciudadanos de los países llamados "subdesarrollados". Esta arbitraria designación incluye a antillanos (los puertorriqueños están aparentemente exentos de antillanismo) latinoamericanos, africanos y asiáticos. Ante estos seres humanos clasificados por los norteamericanos como "inferiores", el nuevo puertorriqueño se pavonea haciendo ostentoso despliegue de su remendado plumaje colonial. Gesticulación inocente y superficial la más de las veces, pero auténticamente viciosa en casos de extrema americanización.

cuando se realiza la comunicación con un norteamericano. En cuanto a los pocos puertorriqueños que por alguna razón —bien por haberse criado o por haber estudiado en los Estados Unidos— dominan el inglés sin tener dominio del español (lo cual los descualifica como bilingües) el mecanismo funciona a la inversa: la desazón para ellos la causa el español. Con el agravante de que, forzados a utilizar este idioma —vernáculo de sus compatriotas— en su comunicación con los otros puertorriqueños, desarrollan un complejo de culpa adicional precisamente por no poder dominarlo, lo que les lleva a escaparse de él usándolo lo menos posible; propugnan entonces el inglés como idioma "oficial" en los círculos en que se mueven o se retiran a los estrechos islotes sociales —tierra de nadie— donde otros parias culturales como ellos, han impuesto ya el uso del idioma foráneo.

Se va viendo que el inglés en Puerto Rico no es mero idioma extranjero como podría serlo el francés o el italiano, sino el asiento doloroso de una serie de vivencias conflictivas —políticas, culturales, espirituales, psicológicas— que exacerban la angustia colonial del puertorriqueño.

Es así posible concebir la imposición y aceptación social del inglés en Puerto Rico sin riesgo de error, como una manifestación psicológica más de la docilidad puertorriqueña.

Objetividad científica y dirigismo

Nos interesa encauzar ahora la atención hacia otra manifestación de la personalidad puertorriqueña ejemplarizada en la actitud de algunos profesionales dentro de distintas ramas de las Ciencias Sociales.⁴⁹ El eufemismo, el circunloquio, el dorar la píldora característicos de su psicología, encuentran un cómodo refugio en la llamada "objetividad científica". Desarrollan convenientemente estos puertorriqueños una escrupulosidad "científica" tal que, de modo lógico, les paraliza el entendimiento. En sus trabajos en Ciencias Sociales, obtenidos mediante rigurosa y penosa metodología, jamás dicen algo o, en todo caso, dicen tan poco y tan fofamente que no valía el dinero, la labor

⁴⁹ Como dato curioso, cabe señalar aquí que también en la disciplina filosófica opera el escapismo puertorriqueño. Estudiantes universitarios, desorientados quizás por los prejuicios que oyen articular a mediocres dómines en algunos cursos de filosofía, deambulan por el *campus* negando que son puertorriqueños. "¿Qué es eso de *ser* puertorriqueños? —protestan indignados. El *ser* es un concepto filosófico que va de Tales de Mileto a Hegel y que no tiene que ver en absoluto con nacionalidad alguna. ¡Nadie, pero que nadie puede ser puertorriqueño". Ante el inefable I. Q. de estos párvulos filosofantes, no vale siquiera la pena referirlos al ya clásico enunciado orteguiano de "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo". Resulta obvio que para ellos, pobres seres que desconociendo el Ser pasan por la vida sin ni siquiera ser, no hay salvación posible.

y el tiempo invertidos, pues eso mismo pudo haberse dicho a vuelo de pájaro y más certeramente sin tener que apelar a todo el complicado aparato de la ciencia. Son, eso sí, excelentes en el *research*, pues su docilidad les capacita para realizar con paciente escrúpulo todo el engorroso proceso impuesto por la metodología. Mas cuando llega el momento del análisis, de la interpretación, de producir conclusiones de acuerdo a los datos obtenidos, tienen a menudo que recurrir a otro experto —importado casi siempre— para que éste examine los resultados y llegue a sus propias conclusiones.

Aun en casos en que este tipo de especialista puertorriqueño se decide, o se le asigna, llegar a conclusiones, éstas constituyen con frecuencia un ten-con-ten que refleja, no precisamente escrúpulo científico, sino timidez; un temor infantil a comprometerse, miedo pueril a tener y mantener, como científico, criterio propio.

La falta de iniciativa profesional y de originalidad creadora son otros rasgos característicos. Espera él o ella pasivamente a que venga el perito importado a indicarle el campo que debe explorar. Pocas veces se le ocurre —y cuando se le ocurre apenas si se esfuerza en instrumentar la ocurrencia— el examen de varias e importantes zonas neurálgicas de nuestra sociedad que los expertos norteamericanos, bien por ignorancia de nuestras realidades y necesidades o bien por no caer éstas dentro de su particular y personal interés como investigadores, dejan pasar desapercibidas.

Tenemos así el espectáculo frecuente de especialistas puertorriqueños arando exclusivamente donde ya ha arado el norteamericano. Lo cual no sería objetable si se hubieran cubierto todas las áreas antropológicas, sociológicas, históricas, económicas y psicológicas de mayor importancia. Esto no es cierto y como en las pocas áreas exploradas es casi siempre el norteamericano quien primero ara, ocurre una de dos reacciones extremas: o el resultado de su labor inicial se eleva a categoría de dogma rígido, inatacable e inexpugnable —el informe económico de Perloff estuvo en pedestal semejante por sendos años— o se inicia una serie interminable de trabajos en cadena para corroborar, contradecir o sencillamente comentar esa labor especializada inicial del norteamericano, como si no hubiese otras zonas inéditas clamando por la investigación de los especialistas, nativos y extranjeros, a sueldo del pueblo de Puerto Rico.

La situación se agrava por el hecho ya sugerido en las últimas palabras: el especialista en Ciencias Sociales está aquí inevitablemente expuesto al dirigismo oficial. Tremenda desgracia, pues el dirigismo viene a ser la más cómoda e ideal solución psicológica para el hombre dócil, sea éste economista, educador, mecanógrafo o conserje.

Prácticamente, todo centro o agencia en que trabaja el especialista en Ciencias Sociales en Puerto Rico está, de modo directo o indirecto, subvencionado por el gobierno, existiendo en cada uno de ellos criterios oficiales y dogmáticos, heredados de peritos norteamericanos, en relación a las diversas especialidades. Cuando un organismo nuestro anuncia determinado *research* o estudio se puede —conociendo los criterios de sus dirigentes— anticipar de modo casi infalible el resultado “científico” del estudio.

Esta lamentable situación es causa principal de que en Puerto Rico no se hayan desarrollado las Ciencias Sociales al nivel de otros estudios y profesiones, que no cumplan la misión fundamental e ineludible que les corresponde, y que no tengan —con excepción de la Economía, cuya mítica aureola de oro mantiene Fomento Industrial con sus millones— el respeto y prestigio de que deberían gozar en la sociedad puertorriqueña.

Una matrícula relativamente nutrida en el Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico no contradice ni desvirtúa la aseveración anterior, puesto que la profesión de maestro padece de agudo descrédito en nuestro medio sin que ello sea óbice para que el vapuleado Colegio de Pedagogía mantenga una de las matrículas más altas que se registran en nuestro primer centro docente. Todos sabemos, sin necesidad de *research*, que la inmensa mayoría del estudiantado puertorriqueño no se acerca hoy a la Universidad en actitud vocacional y creadora, sino meramente pasiva, como a una máquina automática que le facilitará en determinado período —preferiblemente corto— el cheque mensual para amamantar *ad infinitum* las dos embrollas clásicas de nuestro paria moderno: el auto y la casa FHA.⁵⁰

Con semejante actitud, al estudiante “promedio” —que por serlo tanto merece ser, y es, la mayoría— le importa un perfecto bledo en qué colegio ingresa siempre que el costo de la carrera —y es en efecto y de modo literal una *carrera*— esté al alcance de su bolsillo. El espectáculo de esta masa universitaria inerte, sin vocación auténtica, ideales, orientación definida o criterios propios no puede menos que hacernos pensar —enfadosa coincidencia— en la condición tan mentada: docilidad.

Intentará algún especialista dorar esta píldora asegurando que lo mismo les ocurre a los estudiantes norteamericanos, razón por la cual no debemos los puertorriqueños preocuparnos de que sean dóciles los nuestros. Rehusamos cortésmente el doré del perito y respondemos que si ello es así podemos él y nosotros con pulcra equidad, repartir igual tunda de palos a universitarios puertorriqueños y universitarios nor-

⁵⁰ *Federal Housing Administration.*

teamericanos. Pues no somos de los que remedian, ni siquiera consuelan el mal propio con sólo observar el mal ajeno. Y menos vemos por qué el consuêlo habría de ser mayor, porque el mal ajeno lo sufrieran los Estados Unidos. La tendencia "científica" de ignorar, encubrir, excusar, alcahuetear, o, resignada e impotentemente aceptar mucho de lo malo que hoy padecemos por el mero hecho de que eso malo nos lo importaron de Norteamérica, es actitud que, salvo error u omisión, sólo puede atribuírsele al puertorriqueño dócil. Ante semejante fatalismo cientificista afirmamos que, si las Ciencias Sociales en Puerto Rico sólo sirviesen para averiguarles la genealogía norteamericana a nuestros problemas, y careciesen dichas disciplinas científicas de la capacidad creadora para proponer y propugnar soluciones originales y propias podríamos, tranquilamente, sin escrúpulo alguno, echarlas por la borda.

Comprendiendo a plenitud este problema y con ajustada visión de la realidad futura, el nada provinciano y menos chauvinista historiador, pensador y humanista Justo Sierra ya pedía a los estudiantes mexicanos, en 1910, al inaugurarse la Universidad Nacional de México, que se propusieran "adquirir los medios *de nacionalizar la Ciencia, de mexicanizar el saber*".

Mientras Puerto Rico se mantenga dentro de una estructura económica y política de tipo colonial o, dicho más justamente, mientras los puertorriqueños prefieran, conscientemente, mantenerse dentro de estructura tal, el desarrollo de las ciencias, tanto sociales como físicas y naturales, será siempre precario. El espíritu científico del puertorriqueño está, necesariamente, limitado y condicionado por su actitud y psicología colonial. La Ciencia no puede aquí evolucionar libremente para ponerse al servicio de una civilización puertorriqueña, puesto que tal concepto (civilización puertorriqueña) no sólo no existe en la realidad, sino ni siquiera —y esto es lo decisivo— en la voluntad y espíritu del puertorriqueño. La Ciencia, instrumento universal y civilizador que, no obstante, para operar y desarrollarse fructíferamente ha de hacerlo hoy en un plano nacional —por lo menos lo prueba así la historia contemporánea de Alemania, Rusia, Japón, los Estados Unidos, China, Israel, etc.— sirve en Puerto Rico provincianamente —sin capacidad creadora apreciable— como mero puntal del sistema colonial vigente.

Lo que el puertorriqueño ha desarrollado en las últimas dos décadas de progreso material no es verdadero espíritu científico como algunos nos quieren hacer pensar, sino una nueva superstición: la de creer que la Ciencia es un producto *exclusivo* de los Estados Unidos y que *sólo* puede aplicarse y servir a los intereses norteamericanos. De

ahí, sin duda —entre otras manifestaciones— la patética pobreza de resultados de la Estación Experimental de la Universidad de Puerto Rico en tantos años de brega científica. No carguemos demasiado la responsabilidad en los individuos que ahí han laborado, sin embargo. Sus investigaciones científicas tienen que ajustarse, en su orientación y en su futura aplicación práctica, a la estructura política y económica colonial. Compárense los espectaculares y definitivos logros de la Ciencia aplicada a la Agricultura en un país de escasa y pobre tierra como el Japón y la casi ausencia de logros en ese mismo sentido en Puerto Rico. Obsérvese, por otro lado, el milagro de la Ciencia aplicada en manos de un pueblo enérgico, agresivo y, sobre todo, libre, como el judío, al convertir las pobres y desérticas tierras del Israel contemporáneo en zonas agrícolas productivas. Oigase, como contraste, el eterno lamento de impotencia del puertorriqueño respecto a la pequeñez geográfica de su isla y a la "irremediable" pobreza de su suelo, actitud psicológica de impotencia que le fuerza a establecer una industrialización artificial y antieconómica, independiente por completo de sus realidades agrícolas y necesidades comerciales, y dependiente de intereses, conveniencias y realidades foráneas. La Ciencia es una y universal en Japón, Israel y Puerto Rico. La diferencia estriba, tanto en la libertad política del Japón e Israel, como en el espíritu nacionalista —espíritu de responsabilidad nacional, si se prefiere— de los gobernantes y científicos japoneses e israelíes, factores que no concurren en la realidad actual de Puerto Rico.

*Función psicológica del escritor "subversivo":
los alivios de conciencia*

Habiéndonos propuesto relacionar en lo posible la expresión literaria con la realidad psicológica del puertorriqueño actual, parece justo y ya oportuno señalar un curioso proceso de interrelación entre el escritor inconforme y la sociedad dócil en que éste opera, según se ha manifestado en Puerto Rico en los últimos veinte años.

Hemos visto cómo el uso social del eufemismo se ha acentuado (recuérdese la evolución semántica de *aplatanado-resignado-democrático*) paralelamente a un aumento en la docilidad individual y colectiva. Pues bien, mientras más dócil y conformista se ha vuelto la sociedad puertorriqueña, más rebelde y agresivo se ha tornado el escritor; mientras más extenso e intenso el uso social del eufemismo, más franca y abierta la expresión literaria; mientras más tímida o cobarde la llamada *vox populi*, más audaz y decidida la voz de su literatura.

Como es natural, estas reacciones son más típicas en los escritores

de las nuevas promociones. Renegando de determinados rasgos psicológicos y culturales de su pueblo, que ellos juzgan negativos o perjudiciales al bien común, son hoy odiadores sistemáticos del eufemismo, crueles y despiadados descascaradores de la dorada píldora y "subversivos" aporreadores de la docilidad colectiva. Ven —con certera intuición, probablemente— las tradicionales "virtudes" del puertorriqueño —*hospitalidad, cortesía, generosidad*— como meras racionalizaciones gesticulantes —si la Academia nos permite acuñar frase tan bárbara— del hombre dócil y débil, razón por la cual, sin duda, tanto los escritores más representativos como sus expresiones literarias se tornan cada día menos hospitalarios, corteses y generosos. Enmendándole la plana al dicho del rancio hidalgo español, este tipo de escritor, a través de su experiencia puertorriqueña, parece llegar a la conclusión de que "lo cortés sí quita lo valiente". Una conclusión tan válida (o tan discutible) como cualquiera otra, pero que demuestra la actitud de agresiva inconformidad del escritor puertorriqueño actual como reacción a las realidades de su ambiente.

Puede asegurarse que hay en esta actitud rasgos generales o universales. Todo nuevo grupo generacional tiene algo de iconoclasta, reacciona de modo más o menos violento —dependiendo la intensidad de la reacción de las circunstancias históricas de la sociedad donde se desarrolla el proceso cíclico— contra el mundo que forjaron las generaciones anteriores, muy especialmente la anterior inmediata que aparece a los ojos de los nuevos como la más responsable o, quizás, más "culpable". Cada grupo generacional resulta así en sus comienzos inconforme, rebelde y, en ocasiones, si el momento histórico lo justifica, abiertamente revolucionario.

No son, sin embargo, los rasgos generales, sino los específicos o diferenciadores, los que nos interesan aquí. Si comparamos a los nuestros con generaciones contemporáneas de los Estados Unidos e Inglaterra, podemos ir aclarando lo que son y lo que no son los escritores puertorriqueños del momento. Los Estados Unidos produce, como fenómeno de la segunda posguerra, su *Beat Generation* (generación derrotada) a cuyos individuos se les denomina *beatniks*. Inglaterra, sus *Angry Young Men* (jóvenes indignados o, quizás mejor, iracundos).

Los *beatniks* norteamericanos se declaran, abiertamente, en derrota (fue uno de sus líderes quien dio nombre al movimiento), odian la sociedad de su país tal como está constituida, pero, carentes de una ideología, no tienen intención ni interés alguno en reformarla. Su gesto de rebeldía es, para los efectos prácticos, escapista: se apartan de la sociedad viviendo en arrabales malolientes, inmersos en alcohol y marihuana, e inventan todo un aparato externo de bohemia de cuneta

traducido en argot, actitudes, gestos y poses antisociales para separar con mayor nitidez el mundo de los *squares* del de los *beatniks*. No puede, sin embargo, despacharse frívolamente a la Generación Derrotada norteamericana por este desagradable aparato externo. Su gesto es, después de todo, simbólico y hay que aceptarlo como expresión de su rebeldía. También el filósofo Diógenes llevó vida de perro en un tonel destartalado como símbolo de su desprecio por la sociedad de su tiempo.⁵¹

Nada más lejos de los *beatniks* norteamericanos que sus contemporáneos, los *Angry Young Men* de Inglaterra. Los escritores jóvenes británicos saben lo que quieren: detestan su sociedad, pero no huyen de ella. Desean reformarla y por lo tanto luchan *contra* ella *desde* ella. Vienen en su mayoría de la clase proletaria, pero muchos se convierten en respetados profesores de colegios y universidades, mientras logran independizarse como escritores y vivir del producto de sus plumas. Y si bien sus obras resultan devastadoras en su indignada crítica —por lo que a muchos ingleses no les huelen nada bien— no necesitan para ello escribirlas desde una bohemia sucia y maloliente como sus congéneres los *beatniks* norteamericanos.

Es obvio que los escritores puertorriqueños están más cerca de los indignados jóvenes ingleses que la actual generación derrotada norteamericana. Como los de Inglaterra, los de aquí saben lo que quieren. Tienen graves cargos contra la sociedad puertorriqueña, pero no la abandonan. También ellos desean reformar su sociedad. Luchan *contra* ella y *por* ella, *desde* ella. En su mayoría graduados de universidad, casi todos ocupan puestos secundarios en agencias oficiales. Aunque proviniendo de diversas capas sociales, su nivel de vida es hoy, en términos generales, el de clase media. No practican ni les interesa la bohemia pringosa de los *beatniks* y mucho menos fuman marihuana. Tampoco pretenden elevar sus fallas o sus virtudes de individuos a normas de grupo. No son antisociales en sus expresiones externas: comen, beben y visten como cualquier hijo de vecino. Finalmente, se

⁵¹ La tendencia escapista de los *beatniks* tiene respetables precedentes en la literatura norteamericana. Recuérdese que en el mundo contemporáneo, los Estados Unidos son quizá el único país que produce de modo reiterado el fenómeno del escritor que se expatria *voluntariamente*, renunciando, incluso, en ocasiones, a la ciudadanía norteamericana. Henry James en el siglo pasado fue el primer ejemplo notable de esta manifestación. Le sigue, a principios de este siglo, T. S. Eliot, hoy súbdito británico residente en Inglaterra, culminando el fenómeno, dramáticamente, con la Generación Perdida (*The Lost Generation*) de la primera postguerra, encabezada por Ernest Hemingway, grupo que tuvo a bien sentar sus reales en la capital francesa. Hemingway jamás renunció del todo a su condición de autoexilado. Después de largas estadias en Europa, España y Africa, estableció su residencia en Cuba identificándose, aparentemente, con la suerte del pueblo cubano hasta que una grave dolencia le llevó a recibir tratamiento médico en su país de origen. Significativamente, su estadía allí no fue larga. Un tiro de escopeta, obviamente disparado por él mismo, puso fin a su incurable desengaño por la sociedad en que le tocó nacer.

comunican entre sí, no en un lenguaje especial o argot de gremio, sino en el español al uso en Puerto Rico.

Es oportuna la observación de que no se trata de un fenómeno exclusivo de la generación presente: en términos generales, esa ha sido la actitud y posición del escritor en Puerto Rico desde siempre. San Juan jamás ha tenido su Montmartre o su Greenwich Village. El escritor en nuestra sociedad no está aislado en *ghettos* bohemios, sean éstos asignados por la sociedad o escogidos por los propios escritores, sino inmerso en el resto del conglomerado social. Se entiende en parte, ya que no es él aquí un profesional de las letras, un hombre que literalmente vive de su pluma, sino un ciudadano con otras obligaciones y responsabilidades que escribe en sus ratos libres. De primera intención, esto podría parecer una ventaja puesto que, presumiblemente, habría así mayor identificación y preocupación del escritor por su sociedad. Nos preguntamos, sin embargo, si no sea este un factor determinante para explicar el hecho de que el escritor en Puerto Rico haya sido a menudo tolerante en extremo con su sociedad, demasiado tímido y considerado en sus reproches hacia ella. Comprometido más de lo conveniente con la comunidad a que pertenece, quizás teme o siente escrúpulos en antagonizarla. Quizás también esa misma inmersión en el grupo social le impida adquirir objetividad suficiente para enjuiciar al ente colectivo. De un modo u otro, débase a lo aquí expuesto o a la debilidad general por el eufemismo y el circunloquio, muchos de nuestros escritores han tendido siempre a ser excesivamente corteses, comedidos, circunspectos, llegando, en ocasiones, a lo ridículo. Excepciones aisladas en diversos períodos como lo son Zeno Gandía, Nemesio Canales, Lloréns Torres, Meléndez Muñoz y Palés Matos y, en menor medida, Manuel Méndez Ballester, Emilio S. Belaval y Salvador Tió, sólo vendrían a confirmar la regla.

Esta tradición de circunspección literaria se quebró, quizás más dramáticamente que en ocasiones anteriores, a principios de la década del cuarenta cuando un escritor aún adolescente, José Luis González, en uno de sus cuentos iniciales, plantó en letras de molde su primera "mala palabra". Desde ese momento la literatura puertorriqueña en su expresión más nueva se volvió "mal hablada", en sentido tanto literal como figurado. No sólo decidieron los autores de las promociones más jóvenes llamar las cosas por su nombre, sino que empezaron a darles nombre a cosas que en nuestra literatura, hasta entonces, no lo tenían. Queremos decir que se llevaron a la expresión literaria temas y enfoques considerados *tabú* en Puerto Rico. (Quizás sea esto último lo que ha inducido a alguien a calificar esta nueva literatura puertorriqueña de *demoníaca*. Cabría preguntar, sin embargo, si es que hay

alguna expresión estética que no lo sea. Sin el *daemon* interior ni siquiera los escritores angélicos serían tales).

Existe correspondencia entre la manifestación literaria local y similar fenómeno ocurrido, con algunos años de diferencia, en distintas literaturas nacionales de Occidente. No obstante, lo que importa destacar aquí es la función psicológica de la nueva literatura puertorriqueña (especialmente aquella porción considerable que trasluce crítica social o política) en relación a la sociedad donde se produce. No nos referimos, entiéndase bien, a la misión social o ética del escritor desde su responsabilidad de tal.⁵² Más bien deseamos llamar la atención hacia el fenómeno de cómo utiliza *psicológicamente* la sociedad puertorriqueña actual esa literatura agresiva que tienen a bien servirle sus escritores y que resulta, por su misma agresividad, tan extraña y antagónica a la docilidad colectiva.

No era de esperarse que una sociedad dócil reaccionase agresivamente hacia determinada expresión literaria, pero sí, al menos, que pasivamente la ignorase, dejándola morir de inanición. Este no es el caso. La nueva literatura que castiga y vapulea al cuerpo social ha tenido sorprendente éxito (todo el sorprendente éxito que en el Puerto Rico de hoy puede tener una manifestación cultural puertorriqueña). ¿Deseo de autocastigo? No precisamente. Más bien válvula de escape psicológica, sublimación del complejo de culpa colectivo⁵³ a través de la expresión franca y audaz de los escritores. Esto sonará un tanto a purga espiritual o *catarsis*, pero no lo es (no en el sentido clásico, al menos). En el proceso catártico el espectador se purga espiritualmente a través de la obra literaria en sí. Aquí no se trata de eso, sino del hecho de que haya puertorriqueños (los escritores en este caso) capaces de decir lo que la sociedad, a sabiendas, calla. El conglomerado social, representado por la *élite* que está en contacto con la literatura, alivia así la conciencia colectiva. Es el mismo proceso que mueve a los rotarios puertorriqueños a aplaudir con entusiasmo cuando un rotario norteamericano articula determinado reproche a la política lingüística de su organización: el norteamericano alivia con su gesto la conciencia del

⁵² Este aspecto de la misión del escritor se ha explorado en el ensayo de René Marqués, *Pesimismo literario y optimismo político: su coexistencia en el Puerto Rico actual*, Revista *Cuadernos Americanos*, México, 3-1959 (pp. 43-74).

⁵³ Hemos utilizado esta frase sin definirla, pero quizás sea preciso hacerlo a estas alturas. Creemos, con varios psicólogos contemporáneos, que cada sociedad carga un complejo de culpa causado por lo que podríamos llamar su "pecado original". En el caso de Puerto Rico parece obvio que es el coloniaje el pecado que origina el complejo de culpa. Aunque la descubrimos como motivación subconsciente, no aparece esta manifestación articulada o razonada en nuestra literatura. Tendríamos que ir a la tragedia *Las moscas*, del francés Jean Paul Sartre para observar un complejo de culpa colectivo corporeizado en el medio dramático. En efecto, en la tragedia existencialista sartreana, la plaga de moscas que asola a la ciudad-Estado de Argos simboliza los remordimientos del pueblo que carga sobre su conciencia los crímenes ancestrales de la familia reinante de los Atridas

grupo. "¡Vaya, por Dios —parece razonar el ente colectivo— al fin *alguien* dice lo que era *mi* responsabilidad decir!" Después de lo cual el grupo, sublimado momentáneamente su conflicto a través de la experiencia vicaria, pierde de nuevo conciencia del problema que originara el conflicto. Es decir, no ha habido purga o catarsis alguna. El grupo no es mejor ni peor que antes de la experiencia, sigue siendo exactamente el mismo: dócil y pasivo. Pero sin estos pequeños "alivios de conciencia" se le harían a la sociedad puertorriqueña insoportables sus arraigados complejos coloniales.

Paradójicamente, una literatura agresiva, de intención ética, concebida para despertar conciencias, para combatir la pasividad y el conformismo, la absorbe el cuerpo social dentro de su peculiar psicología colonial, y no sólo la hace perfectamente inocua, sino que la convierte en un instrumento más del mecanismo psicológico de la docilidad. Ello explica por qué en la sociedad puertorriqueña actual el escritor "subversivo" sea objeto de tolerancia e incluso de agradecida consideración. Después de todo, su expresión literaria es *totem* a todas luces valioso dentro de la oscura mitología de la docilidad colectiva.

*Los "alivios de conciencia"
en el campo político*

El fenómeno apuntado es también perceptible en el campo político. Obsérvese el papel psicológico que ha jugado el Partido Independentista en la sociedad puertorriqueña, muy particularmente en relación al partido mayoritario en el poder. Si bien a la dócil sociedad isleña le fue imposible asimilar dentro de su mecanismo psicológico el Nacionalismo de Albizu Campos —para hacerlo inocuo tuvo el Estado que destruirlo físicamente— se las arregló bien para absorber al Partido Independentista, proceso digestivo nada difícil, ya que dicho organismo político se reveló siempre, desde sus comienzos, como una expresión dócilmente puertorriqueña —"democrática" la llamaron sus fundadores— dentro de la ideología presuntamente revolucionaria que sustentaba.

No nos interesan, desde luego, para los efectos de este análisis, las fallas del Partido Independentista como tal, sino su función psicológica. La existencia y sobrevivencia de un partido independentista pacífico, tolerante, resignado, "democrático" —partido administrativo, no innovador ni revolucionario, en fin— como parte de la vida pública de la colonia, es alivio de conciencia de vital importancia para sobrellevar el complejo de culpa colectivo dentro del cuadro general de la docilidad puertorriqueña. Aun los anexionistas, quizás sin razonar

el por qué, verían con alarma la total desaparición de este instrumento psicológico. Pero es el Ejecutivo insular, jefe del partido mayoritario en el poder, quien con mayor lucidez pudo percibir esta realidad de su pueblo, tal vez por tenerla metida como latente problema político dentro de su propia familia oficial. Sabe él, en efecto, que un número sustancial de sus seguidores de primero y segundo rangos son ex nacionalistas y ex independentistas. Nada puede hacerle sospechar de la fidelidad de estos seguidores —hoy incondicionales—, pero el Ejecutivo, profundo psicólogo, hubo de proporcionarles, por las dudas, dos alivios psicológicos a sus soterrados sentimientos.

El primero consiste en permitirles creer que pueden tener la vaga esperanza de que, en algún instante remoto del futuro, si las circunstancias providenciales así lo justificasen, habría él de "evolucionar" ideológicamente hacia la Independencia. Este tipo de vaga, confusa, remota y mística esperanza respecto a una muy improbable "actitud de promisión" —equivalente a la psicología "tierra de promisión" de los líderes judíos en el Antiguo Testamento— es algo que, aun pareciéndole ingenuo e infantil a una mente racional, resulta siempre efectivo en manos de un astuto líder religioso o político en relación a un grupo de sus sugestionados discípulos. Está tan arraigada en la mentalidad de muchos ex nacionalistas y ex independentistas populares dicha fantasía, que ni siquiera la secreta e histórica Reunión de Cidra de 1960, en cuyo seno el Gobernador se les reveló más abierta y brutalmente anexionista de lo que se permitió a la prensa y al pueblo percibir, logró desenmascarar para ellos la quimera oculta tras un ardid psicológico que es tan viejo como la civilización misma.

El segundo "alivio de conciencia" lo proporcionó el líder político —que en este caso llena también en parte la función de líder místico, y no poco de psiquiatra— tolerando, e incluso estimulando la existencia legal del Partido Independentista, cordero expiatorio que si bien no pudo echar sobre sí todos los pecados del mundo, recogió al menos (amamantándolo vicaria e inocuamente) el pecado del independentismo sepultado en la conciencia de muchos estadolibristas.⁵⁴

⁵⁴ En los últimos años —y aún antes de desaparecer el minoritario Partido Independentista— cuando el Independentismo en crisis atomizó sus escasas huestes en infinidad de grupos antagónicos, la reacción de los ex independentistas populares ante semejante hecho histórico es toda una lección de psicología aplicada. En vez de celebrar regocijados la decadencia de la ideología que ellos traicionaron y que tanto contribuyeron a destruir desde sus actuales trincheras estadolibristas, se mostraban, algunos sinceramente desolados, otros meramente compungidos, mientras un buen número se volvía furioso contra los independentistas no, entiéndase bien, por ser éstos independentistas, sino por ser "malos" independentistas, es decir, por no haber sabido llevar el independentismo al triunfo electoral. La situación trae de inmediato a la memoria el cuento de Díaz Valcárcel ya citado sobre el puertorriqueño en Corea. Estos populares ex independentistas, al igual que el soldado Damián Sánchez, en lugar de solucionar su humillación y frustración de puertorriqueños del único modo racional y lógico que habrían podido hacerlo, desahogaban

¿Qué escape le queda al complejo de culpa colectivo con la reciente desaparición de este oportuno instrumento político? Para auscultar el problema es imprescindible examinar someramente la trayectoria del Partido Independentista Puertorriqueño y el sorpresivo surgimiento del Partido Acción Cristiana.

El Partido Independentista muere —a los catorce años de vida— en las elecciones del 8 de noviembre de 1960, no habiendo logrado el mínimo de votos requeridos por ley. De los 80,000 votos necesarios para su sobrevivencia —10% del electorado total— sólo obtuvo 24,000. Organizado a mediados de la década del cuarenta, el Partido Independentista Puertorriqueño fue a elecciones por vez primera en 1948. Su electorado llegó al máximo en los comicios de 1952 con 125,000 votos, constituyéndose así, efímeramente, en el segundo partido de importancia de Puerto Rico. Apenas obtenido ese logro, inicióse su dramática y vertiginosa decadencia. Será tarea de los historiadores analizar metódica y concienzudamente las causas de la descomposición y desaparición de esta colectividad política en la vida puertorriqueña contemporánea.

Lo que ahora nos interesa analizar es la reacción psicológica del pueblo puertorriqueño ante lo que aparecía ya —meses previos a los comicios de 1960— como inminente: la desaparición del Partido Independentista. En marzo de ese año prende la idea, se organiza a toda prisa y meses más tarde —poco antes de las elecciones— queda parcialmente inscrita una nueva colectividad política: el Partido Acción Cristiana (P.A.C.).

La flamante organización aparece con todas las características capaces de atraer a las urnas a sectores apreciables de un pueblo escapista, amante de la componenda. Ladinamente —yendo en su cinismo aún más allá de lo que había ido el Partido Popular Democrático—, el improvisado P.A.C. soslaya totalmente el problema moral fundamental: la soberanía nacional inalcanzada. No se compromete por la Independencia, por la Anexión, ni siquiera por la colonia reformada actual. Promete, en cambio, vagamente, el consabido "plebiscito" para el futuro. Como compensación a tan inmoral actitud política, se proclama defensor de la moral cristiana.

Hay entre sus fundadores y dirigentes casi igual número de independentistas que huyen del P.I.P. en naufragio, como de estadistas o anexionistas descontentos con su propio partido. Aparentemente, al inscribirse cuenta entre su electorado potencial con un sector considerable de populares cansados del continuismo. En el orden político el P.A.C. nace así sin orientación ni meta definidas. En el orden social y económico, la ambigüedad y desorientación son similares. Entre sus

viciosa e inútilmente su ira contra quienes creían más humillados y frustrados como seres humanos que ellos mismos.

propulsores y asesores hay sacerdotes españoles fascistas, con espíritu intransigente de auténticos inquisidores, jefes y sacerdotes norteamericanos imperialistas y colonialistas, de catolicismo hasta ese momento protestantizante y sacerdotes puertorriqueños de actitudes conservadoras dentro de tendencias puertorriqueñas. La amalgama de reaccionarismo a ultranza y cauteloso conservadorismo en su seno —olla podrida que sólo admite cierta diversidad de ingredientes similares— impide la formulación de un honrado y sincero programa económico-social con significación y efectividad en el mundo contemporáneo. ¿Quiere ello decir que el P.A.C. estaba necesariamente llamado al fracaso? Lejos de ello, creemos que tuvo buenas oportunidades de sobrevivir en nuestro medio a no haber intervenido un factor decisivo. Su misma cobardía en lo político, lo social y lo económico, enmascarada bajo el signo vagamente aglutinante del catolicismo, llenaba adecuadamente las necesidades psicológicas del puertorriqueño dócil.

Consciente o inconscientemente lo que intentó su liderato —y, como se sabe ahora, logró a plenitud— fue distraer al conglomerado social del problema moral y fundamental en que éste se debate como pueblo (su *status* político sin resolver) en momentos en que parecía inminente la muerte del Partido Independentista. El inesperado *issue* religioso, inyectado en la pugna electoral, era una cortina de humo más para ocultar el urgente problema político. Se pretendía así compensar la derrota de la moral política planteando el tema de la moral religiosa. Semejante tipo de instrumento escapista no dejaba de tener posibilidades en el pueblo donde intentaba operar. Creemos que el P.A.C. pudo arraigar en un sector apreciable del electorado a no haberse producido las Cartas Pastorales de los Obispos Católicos semanas antes de las elecciones.

Los señores obispos —extranjeros desconocedores de la historia, patrones culturales y psicología del pueblo que pastoreaban— quisieron sustrater sorpresivamente la docilidad puertorriqueña, tributaria por siglos del Estado, encauzándola hacia la Iglesia. Inalicable error en un pueblo que durante cuatrocientos sesenta años de coloniaje ha embotado su sensibilidad respecto a valores morales y religiosos, habiendo sido por siglos aleccionado, de modo sistemático, para rendir fe y voluntad al poder civil estatuido, es decir, al Estado. Puesta de pronto ante la alternativa de encauzar su docilidad hacia la Iglesia, era lógico suponer que la masa electoral a quien iba dirigida la exigencia optase por ser dócil al Estado. Ni siquiera se trataba en verdad de "optar", sino de continuar rutinariamente una tradición de siglos. Mientras el P.A.C. se mantuvo en el plano inocuo de partido administrativo colonial, sin orientación o meta políticas, pudo tener probabi-

lidades de alcanzar algún éxito. Tan pronto los obispos lo convirtieron en alternativa a la tradicional docilidad al Estado, sellaron su sentencia de muerte.

Los documentos eclesiásticos no sólo erraron en dar en el blanco escogido (el partido en el poder, que encarnaba en este caso al Estado), sino que constituyeron terrible *boomerang* para la Iglesia, dejando brutalmente al descubierto la falta de ascendencia espiritual de ésta en las masas coloniales. Sólo jerarcas foráneos, desconocedores de la realidad histórica y psicológica puertorriqueñas, pudieron cometer tan tremendo error.

Error craso también el de aquel que, bien con fines demagógicos o por alivio de conciencia, proclama que la derrota de la Iglesia en las urnas es prueba fehaciente de la ausencia de docilidad en el puertorriqueño. Volverle la espalda electoralmente a una institución en franca decadencia que no tiene poder temporal alguno y sólo un muy precario poder espiritual en la sociedad en que opera, para apoyar abiertamente a la institución depositaria de todo el poder político, económico y social, no puede honradamente calificarse de acto "indócil", "rebelde" o "heroico". Podría éste en todo caso confirmar la naturaleza dócil de quien lo ejecuta.

Por la torpeza política de los jerarcas católicos, más que por el cinismo de su liderato —el cinismo es esencial a todo instrumento político escapista— el Partido Acción Cristiana, pese a sus *issues* pretendidamente morales, fracasó en sustituir al moribundo Partido Independentista —único depositario hasta entonces del *issue* moral por antonomasia en la colonia— como alivio de conciencia del pueblo puertorriqueño.

Eliminado este último de la vida pública, queda el ente colectivo sin vía de escape a sus oscuras y soterradas ansias dentro del aceptado patrón de la docilidad. El campo está aparentemente libre para la contienda decisiva entre el anexionismo abierto y franco del Partido Estadista (en la oposición) y el anexionismo enmascarado del Partido Popular (en el poder). Creemos, no obstante que, independientemente de cuál de los dos procedimientos se imponga para lograr el mismo hipotético fin, el ente colectivo creará, tarde o temprano, su propio instrumento psicológico para aliviar el terrible complejo de culpa que le aqueja. Cómo exactamente se la ingeniará la docilidad puertorriqueña para lograrlo antes de que resulte irremisiblemente tarde, es algo que nadie está hoy en condiciones de predecir.

Desde el punto de vista oficial se perfila, sin embargo, una nueva maniobra política. No podría ésta, desde luego, considerarse expresión psicológica auténtica del ente colectivo, sino más bien es-

estructura impuesta desde arriba a la docilidad puertorriqueña para intentar matar, de una vez por todas, el problema político vital.

Nos referimos al establecimiento del sistema bipartidista, calcado de la tradición norteamericana, mediante el cual los dos únicos partidos operantes en la Isla —ambos asimilistas o anexionistas— se convertirían en dóciles sucursales de los respectivos partidos estadounidenses: Demócrata y Republicano. Con ello, oficialmente al menos, se declararía muerta la Independencia.

Para hacer efectiva la maniobra, la legislatura insular, a instancias del Gobernador, ha aprobado una rejuvenecida ley electoral, la cual hace prácticamente imposible la inscripción de un nuevo partido en Puerto Rico, a menos, claro está, que éste no sea inscrito bajo el patrocinio oficial, utilizándose para ello la maquinaria poderosa del partido en el poder. Aunque el motivo aparente ha sido impedir que se reinscriba el Partido Acción Cristiana y la excusa "democrática" hacer más estricta la ley electoral para evitar posibles fraudes, la idea fundamental es destruir toda posibilidad de oposición, desde las urnas, al ideal político que sustentan los dos únicos partidos en existencia: la anexión. Como cuestión de hechos, en estos momentos en Puerto Rico opera un partido único, ya que el Popular Democrático en el poder y el Estadista Republicano en la oposición se diferencian muy poco en términos políticos, pudiendo fundirse ambos, sin mucha violencia, en una sola colectividad que cabría denominar muy justamente como *Partido Unico de la Unión Permanente con los Estados Unidos*. Hasta los más entusiastas cultivadores del escapismo político tendrían que admitir que la reciente maniobra deja a la llamada "democracia puertorriqueña" muy al descubierto.

Si la estratagema tuviese resonancia adversa en la América Latina, cabría siempre la posibilidad de que el gobernador, por mera hipocresía democrática, ordenase tras bastidores la inscripción de un nuevo partido, movilizándolo para ello toda la maquinaria de gobierno (única forma, ya se sabe, en que es ahora viable inscribir una colectividad política en Puerto Rico). Este partido pelele podría, incluso, ostentar graciosamente en su plataforma el ideal de Independencia. Aparece, sin embargo, como muy remota tal posibilidad. El Partido Popular Democrático caduco, anquilosado y cínico ha perdido ya el empeño de años anteriores por guardar las formas. Hoy le importa mucho menos la farsa democrática que el temor obsesivo a la oposición organizada.

En uno u otro caso, se tratará siempre del mismo juego oficial impuesto desde 1898 a nuestra docilidad colectiva, juego que, hoy

como ayer, cabe describir con el dolor de un epíteto inmortal: bu-rundanga.⁵⁵

Conclusión

Resumiendo, creemos, no haber probado "objetivamente" —ejercicio que no practicamos ni nos interesa, entre otras razones, porque deseamos mantener fidelidad a nuestro espíritu científico—, sino apuntado hacia un análisis racional y lógico de la personalidad del puertorriqueño actual partiendo de su condición psicológica de hombre dócil y mostrando de paso cómo muchos de los factores reveladores de esa personalidad se han recogido o dramatizado en nuestra literatura contemporánea. Imposible considerar este intento de análisis como exhaustivo. Factores de especial significación —la música puertorriqueña, vez-ras expresión de nuestra docilidad de pueblo, por ejemplo— quedaron fuera, no tanto por ahorrar espacio como por no romper demasiado la unidad anunciada en el subtítulo del trabajo.

Tampoco nos hemos tomado la molestia de examinar la sumisa aceptación puertorriqueña de imposiciones militares, tales como la ocupación y despojo de Vieques por la Marina de Guerra de los Estados Unidos (cuyos trágicos aspectos ha recogido Pedro Juan Soto en su novela *Usmaíl*) o la instalación en el dócil suelo isleño, sin consulta alguna ni *compact*, de dos poderosas bases atómicas —primeros e inevitables blancos en la eventualidad de una guerra ruso-americana— que sensata y enérgicamente rechazaron todos los Estados federados de la costa atlántica de Norteamérica. La razón es clara: lo brutal y colonialmente obvio no nos interesaba en este análisis de la personalidad puertorriqueña.

Un factor reciente, prematuro quizás para el análisis riguroso, pero que debe vigilarse de cerca por sus graves consecuencias políticas, sociales y morales, es la sorpresiva incrustación de miles de exilados cubanos en el cuerpo social puertorriqueño. No es esta la primera vez en la historia isleña cuando las luchas libertarias de América arrojan sus residuos políticos a nuestras playas. Al concluir victoriosamente la lucha por la Independencia en América del Sur, emigrados sudamericanos, mayormente de Venezuela, encontraron un cómodo e ideal refugio en la colonia de Puerto Rico. Eran ellos, naturalmente, incondicionales de España, enemigos jurados de la Independencia Americana, odiadores sistemáticos de la libertad. No hay duda de que el antiliberalismo y el conformismo colonialista puertorriqueños del siglo XIX

⁵⁵ Alusión a un verso de Luis Palés Matos (NR).

tuvieron un decisivo refuerzo en estas familias reaccionarias que empinadamente volvían sus espaldas al futuro de América.

La historia se repite hoy con los exilados cubanos. Incondicionales de los Estados Unidos, cínicamente colonialistas, se alían a su llegada con las fuerzas más obviamente retrógradas y antipuertorriqueñas de la sociedad colonial. Al amparo del Gobierno Federal, de las esferas oficiales nativas y de los círculos anexionistas se convierten, de modo automático, en enemigos encarnizados de la soberanía y dignidad nacionales de Puerto Rico. Salvando algunas y siempre honrosas excepciones, son en el mejor de los casos agresivos e inescrupulosos en su lucha por la propia sobrevivencia, desplazando ventajera y rápidamente de sus empleos a los dóciles puertorriqueños quienes no disponen de leyes propias que les protejan de la inesperada competencia. Por otra parte, los tímidos nativos han descubierto, demasiado pronto, que protestar contra la competencia desleal o la estridente arrogancia de los recién llegados es exponerse a ser calificados de "comunistas", echándose encima todas las sanciones políticas, sociales y económicas que en el territorio norteamericano tal calificativo, no importa cuán falso sea, conlleva. Dócilmente, una vez más, los puertorriqueños soportan y callan, desempeñando, con ejemplar mansedumbre, su tradicional papel de pueblo "generoso", "hospitalario" y "democrático".

A pesar de que el número de exilados cubanos pudiera parecer reducido en relación a la totalidad poblacional de la Isla, no debe menospreciarse su influencia, ya que en el corto término de dos años estos advenedizos, admirablemente protegidos, han permeado (muy especialmente en el área metropolitana), todas las instituciones —desde la Iglesia hasta el prostíbulo— ocupando muchos de ellos puestos claves en agencias del gobierno, la Universidad, los círculos profesionales, las organizaciones cívicas, la industria, la banca, el comercio y el hampa. Más grave aún es el hecho de que se hayan apoderado de estaciones de radio y televisión infiltrándose, además en la prensa diaria desde donde vocean, con el aplauso oficial, su cínico mensaje de entreguismo a los ya harto entregados puertorriqueños. Inesperado refuerzo éste que han recibido la docilidad y el conformismo nativos en el siglo xx. Sus consecuencias morales, políticas y sociales no son difíciles de prever y deberán estudiarse oportunamente.

Pensamos, por otro lado, cuán interesante y revelador sería un estudio psicolingüístico, que fuese metódico sin ser necesariamente exhaustivo, del habla popular en Puerto Rico a la luz de la teoría de la docilidad: entonación, fonética, sintaxis, valores semánticos, uso del eufemismo y el circunloquio, imágenes más comunes, refranes, etc.

Para ello podría partirse del excelente estudio realizado entre nosotros por Tomás Navarro Tomás.⁵⁶

A pesar de estas y otras posibles lagunas creemos haber demostrado a lo largo del análisis que apenas hay zona en la sociedad puertorriqueña donde, arañando un poco, no aparezca como rasgo constante y determinante la docilidad.

⁵⁶ Tomás Navarro Tomás, *El español en Puerto Rico*, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1948.